COMEDIA FAMOSA.

NO CABE MAS EN AMOR, NI AY AMOR FIRME SIN ZELOS.

DEL DOCTOR DON FRANCISCO CARBONEL.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

Aſtolfo, Duque de Ferrara.
Filiberto, Duque de Parma.
Enrico, Principe de Parma.
Roberto Viejo.
Uròn Gracioſo.



Irene, hermana de el Duque de Ferrara.
Octavia, Dama.
Florida, hermana de Enrico.
Soldados, Muſicos, y acompañamiento.

JORNADA PRIMERA.

Sale Aſtolfo ſolo.

Aſtolf. QUè rigor (raro enigma del anhelo!)
de mis anſias te aparta, ò te deſtierra?
En què Eſfera, ò Region (ay Dios!) ſe encierra
de tus ojos la luz? Si es en el ſuelo,
còmo el anſia, el cuidado, y el deſvelo
de un ſolìcito amor no hallarte intenta?
Mas ay! que tu no habìtas en la tierra,
que eres Angel, y vives en el Cielo.
Oye, hermoſo prodigio, mira, advierte,
que es rigor que me debas una vida,
y que en pago me dès tan dura muerte.

Sale Irene.

Irene. Solo està, y triſte ſu Alteza:
Hermano, Aſtolfo, ſeñor,
es poſible que mi amor
no alcance de eſa triſteza
la cauſa?

Aſtolf. Ay hermoſa Irene!
que es tan grande mi ſentir,
que ſolamente un morir
es el remedio que tiene,
y en èl mi alivio ſe encierra.

Irene. Es la guerra la ocaſion
de eſa tyrana paſion?

Aſtolf. Es la guerra, y no es la guerra.

Irene. Còmo puede ſer ignoro.

Aſtolf. Sì, pero no ignoras, no,
que antes de ella eſtaba yo
rendido al dolor que lloro.

Irene. Es asi, porque despues
que de esa Quinta vecina,
(que allà con Parma confina,
y fin de tu Estado es)
de ella à Ferrara bolviste,
jamàs te he visto con gusto.
Astolf. Què mucho (tormento injusto!)
si desde entonces (ay triste!)
toda el alma, Irene, vive
sufriendo tan dura muerte.
Irene. Nada, señor, te divierte?
en nada alivio recibe
tu mal? ni en vèr que triunfantes
tus Armas siempre gloriosas
se entran por Parma animosas?
Astolf. Son armas mas penetrantes
las que traspasan mi pecho:
Es batalla mas ardiente
la que allà en sì misma siente
el alma; mas pues sospecho,
que con piadosa intencion
mis ansias saber deseas,
escucha, para que veas
si las tengo con razon.
Era, bellisima Irene,
la estacion mas agradable
del año, en que à ser Monarca
de Prados, Montes, y Valles,
en sus fragrantes alientos
el Abril florido nace.
En una de sus Auroras,
quando ya el Fenix radiante
por el balcon del Oriente
se asomaba en los amantes
brazos de la rubia Ninfa
coronado de plumages,
solo, y à pie penetraba
lo enmarañado de un Parque:
quando entre el rumor confuso
de acentos mal asonantes,
de mal distintos clamores,
oygo una voz penetrante,
que el ayre tan dèbil corta,
tan sin aliento, tan fragil,
que para que yo lo entienda
le prestò el aliento el ayre.
Favor, soberanos Cielos,
dixo la voz, y al instante,
entre confuso, y valiente,
entre animoso, cobarde,
para salir de esta duda,
por una, y por otra parte
el oìdo, y vista aplico,
y veo (terrible lance!)
que entregada à un parasismo
sobre la florida margen
de una fuente estaba (ay Cielos!
aqui empiezan mis pesares)
una muger (què mal dixe!)
pues no era sino un Angel,
que del extasis traìdo,
era un hermoso cadaver.
Eclipsado el Sol mas puro,
bruto el mas rico diamante,
pàlido el jazmin mas bello,
mustio el clavel mas fragrante,
tibio el rayo mas ardiente,
sin luz la mas luminante
Antorcha del Firmamento:
pues era: pero esto baste,
que el peligro en que se mira
la Ninfa bella, es tan grave,
que à el labio, y matìz impide,
en tan arriesgado lance,
si à el uno que te la pinte,
à el otro que te la alabe;
pues arrojando sobre ella
el barbaro Rey del valle
el aliento, la buscaba
para el aliento quitarle.
Llego ligero, y el bruto,
al sentirme, y al mirarme,
la riza guedeja encrespa,
sacude el tosco celage
de la frente, y en mi pone
la vista, tan arrogante,
que al aliento mas robusto
pudiera bolver cobarde.
Tyrano bruto (le dixe)
què intentan tus crueldades?
no vès que es de tu sobervia
despojo una oveja facil?
pues còmo por triunfo buscas
la resistencia mas fragil?
Si el apetito te incita
de tu ambicion insaciable,

exe-

executa en mì tus iras,
no quites la vida à un Angel,
que ya del susto à tus pies,
apenas con alma yace.
Esto dixe, y como si
el irracional Alarbe
me entendiese, denodado
dexa el sitio, y arrogante
me acomete; pero apenas
llegò conmigo à abrazarse,
quando al sentir oprimirse
de mi furia incontrastable
en la lucha, conocì,
que tanto llegò à pesarle,
que el frio de la quartana
le acometiò sin entrarle.
En lid campal, cuerpo à cuerpo,
hicimos valiente alarde
uno, y otro del valor;
mas viendo yo, que el combate
duraba tanto, añadiendo
al cáñamo inexpugnable
de mis nervios nuevo aliento,
lleguè animoso à apretarle
contra el alma de tal suerte,
que por mas que por librarse
del lazo estrecho, poblaba
la vaga region del ayre
del ronco acento; por mas
que el enroscado celage
de la cola, sé ponìa
en la cola por plumage;
por mas que el marfil agudo
de los diez corbos alfanges,
ya valiente lo esgrimìa,
ya lo encogìa cobarde,
no se viò libre, hasta que
construyò de su corage,
con el ultimo rugido,
la postrer gota de sangre.
En fin, Irene, à mis pies
mirè funesto cadaver
el bruto, Rey de las fieras,
horror, y asombro del valle.
Victorioso de la lid,
ufano, alegre, y triunfante
llego à la Ninfa: permite
aqui el oìrme un instante,
que he de hacer, como en bosquejo
la pintura de esta imagen.
Suelto el azabache terso
de sus cabellos à el ayre
tenìa, cuyas madejas,
tremoladas con donayre,
hondeado marfil guiaban,
que inundaba los cristales
de su cuello; nunca vì
tan hermoso maridage,
como en su garganta hacìa
la nieve, y el azabache:
Aunque turbadas las luces
de sus ojos celestiales,
de su incendio despedian
tan luminosos volcanes,
que al Sol de embidia encendian;
y yo, al sentir abrasarme
entre sus reflexos, dixe:
Còmo puede, còmo cabe,
que un Sol eclipsado encienda,
dos rayos sin luz abrasen?
Mira si logrando apenas
luz sus ojos, obras tales
hacìan; què fuera (ay Cielos!)
si todo su ardor lograsen?
Con el susto de su rostro,
los rubìes, y granates
desampararon la nieve,
mas no pudieron robarse
de su boca, porque en ella,
añadiendo mas esmalte
à sus labios, tan sangrientos
dexaban verse, ò mirarse,
que dudo con causa justa,
si el coronado salvage,
quando profanò su aliento,
hiriò sus rubios corales,
pues en vez de dar claveles,
brotaban, Irene, sangre.
No sin prodigio vì juntos
en pecho, manos, y talle,
llovido el elado Enero,
nevado el Abril galante,
unidos ardor, y nieve,
y Amor en estrecha carcel.
Y en efecto, como estaba
de las galas montaraces

adornada, parecìa,
con flechas, arco, y plumage,
bella emulacion de Venus,
hermosa afrenta de Marte.
Su pie; pero donde voy?
dònde pretendo engolfarme?
que no miro inadvertido,
que ya la divina imagen,
buelta en sì del parasismo,
con corteses ademanes
discreta me agradecìa
mis generosas piedades.
Vizarro joven (decìa)
con què una muger pagarte
podrà accion tan generosa,
hazaña de tanto esmalte?
La vida te debo, bien
los espumosos raudales,
que en desatados rubìes
brota ese bruto cadaver,
lo publìca; y asi es bien,
que yo agradecida: - basten,
dixe entonces, bello enigma,
los afectos agradables,
que aunque es razon me agradezcas
la fineza, en esta parte
quisiera que te mostràras,
mas que agradecida, amante,
mas piadosa, que tyrana;
pues me tratas con tal arte,
que quando te doy la vida,
es quando intentas matarme,
pues los rayos luminosos
de tus luces penetrantes
el pecho tienen postrado,
el alma en cenizas yace.
Aqui llegaban mis ansias,
y rendimientos amantes,
quando rèmora alevosa,
cruel, y venenoso aspid,
de mi labio, y de mis voces,
fue el oìrse, y escucharse
confuso tropèl de gente,
que esparciendo en varias partes
à los vientos repetìa:
Buscad todos vigilantes,
tronco à tronco, y planta à planta,
la selva, el monte, y el valle,
A cuyas voces turbada
me dixo: Joven galante,
à tu vida importa, que
esta gente no te halle
conmigo à solas, y asi
retirate; pero antes
que te vayas, serà bien,
que entiendas en esta parte,
que voy siempre agradecida,
ya que no pueda ir amante,
pues mi altivèz no lo sufre.
Esto dixo, y al instante
con veloces pasos sigue
la senda oculta del Parque,
dexandome tan confuso,
los sentidos tan neutrales,
tan torpes los movimientos,
bien asi como la Nave,
que en su carrera perdiò
norte, timòn, y velamen.
O quantas veces, ò quantas,
con el frenesì de amante,
me echè los brazos al cuello,
ciego, loco, è ignorante!
Que como mis brazos fueron
depósito de aquel angel,
creyendo que estaba en ellos,
lleguè yo mismo à abrazarme.
Viendome, pues, de esta suerte,
por no morir de cobarde,
ò por aliviar mis penas,
seguir la quise el alcance;
pero estorvomelo el Cielo,
cubriendo el Sol de celages,
brotando rayos las nubes,
horror, y escandalo el ayre.
Viendome, pues, en tal pena,
viendome en congojas tales,
exalando el corazon
del pecho vivos cristales,
liquidado por los ojos
en desatados raudales,
decìa: Pues no es posible
conseguir gloria tan grande,
ojos llorad, que el llorar
es alivio de los males.
Esta, en fin, la causa es
de mis ansias, y pesares:

mira si es justa razon,
Irene, para quexarme.
Iren. Hablar en cosas de amor,
bien sè que es en mi decoro,
mas sin que se aje el desdoro,
ni se estrague el pundonor.
Astolf. Por demàs, Irene, es.
Iren. Pues digo, que me ha alentado
saber, que es tu mal causado
solo de amor.
Astolf. Por què, pues?
Iren. Porque no sè què belleza
tan altiva pueda ser,
que no se rinda al podèr
de tu estado, y tu nobleza.
Astolf. No es esa mi pena dura.
Iren. Pues qual es?
Astolf. No ser posible
descubrir este imposible,
que tanto mi amor procura.
Por mas que el ardiente anhelo
de mis ansias la ha buscado,
no es posible haverla hallado
en quanto contiene el suelo.
Verdad es, que à mis tristezas
aliento dà en tanto mal
un criado, que leal
de todas quantas bellezas
la fama aplaude por bellas
en Italia, con recato,
hago me trayga el retrato,
por vèr si por dicha de ellas
es alguna la hermosura,
ò el dulce imàn ignorado,
que busca ardiente el cuidado
de mi amor, ò mi locura.
Iren. Permitalo el Cielo asi.
Astolf. En vano otro alivio espero.
Iren. Quien es el criado?
Astolf. Infiero,
que es aquel que viene alli.
Sale Uròn de camino con unas alforjas.
Uròn. A Dios gracias, que ya veo
de Ferrara las Fregonas:
derrengada el alma traygo.
Astolf. Uròn, vengas en buen hora.
Uròn. Dame tus plantas.
Astolf. Levanta, què ay de nuevo?
Uròn. Muchas cos.
Astolf. Pues què te detiene? dilo:
Aqueste es, Irene hermosa,
el criado que te dixe,
por quien esperanzas cobra
el alma.
Iren. Es leal Uròn.
Uròn. En vida me haceis las honras:
mas vale asi; pero dime,
señor, còmo, ò por què cosa
tengo de empezar primero
à referirte mi historia?
por Marte, ò por Venus?
Astolf. Es guerra mas rigorosa
para el alma la de amor.
Uròn. Prometome grandes cosas,
si por dicha di con ella.
Astolf. Darète yo el alma toda.
Uròn. Y què harè yo con dos almas?
Astolf. Pues di, què quieres?
Iren. Acorta por tu vida de razones,
y vè mostrando las copias
que traes, porque deseo
mucho verlas.
Uròn. Sea en buen hora:
irèlas sacando à tiento,
como aquel que de la gorra
suele sacar cedulillas
de la rifa: de esta alforja
asi yo las sacarè,
pues las traygo llenas todas
de los retratos, señor,
de todas quantas gorronas
oy celebra por bonitas
la fama en toda la Europa,
sin olvidar la mulata,
ni perdonar la fregona:
quantas se untan de pomada,
y quantas con miel se adoban,
hecha à mano de mortero,
de todas viene la copia.
Astolf. Acaba ya por tu vida.
Uròn. Hasta de una lagañosa
tambien el retrato traygo.
Iren. Y à què efecto?
Uròn. No se ignora;
porque ay ojos, que tambien
de lagañas se enamoran.

Và ſacando algunos retratos, y quedese èl con los papeles en que eſtaràn embueltos.

Vaya eſte, pues.
Aſtolf. No es ingrato;
pero es poner con la Aurora
la noche.
Vròn. Pues vaya otro. *Dale otro.*
Aſtolf. Es mas luciente la antorcha,
que deslumbra mis ſentidos.
Vròn. En aqueſtos pliegos traygo,
ſeñor, en ſucinta forma
quien ſon, en què tierra viven,
què eſtado, y como ſe nombran.
Iren. Cuerda ha ſido la advertencia.
Vròn. Es lo que al cuento le toca:
à vèr ſi es eſte por dicha. *Dale otro.*
Aſtolf. Ay ignorancia mas loca!
Vròn. Pues què tenemos?
Aſtolf. Villano,
eſte es de hombre.
Vròn. Què te asombra?
como eſtamos en Italia,
no falta à quien ſe le antoja
los hombres Venus con barbas.
Aſtolf. Què necedad! *Iren.* Por curiosa
he de verlo: Amor me valga;
què ayroso! ſi ſu persona
es de eſta ſuerte, ſin duda
ſi le viera, à ſu amorosa
presencia rindiera yo:-
Mas què digo? yo eſtoy loca;
vèr en un punto, y amar?
ay fuerza mas rigorosa!
mas disimule mi error.
Aſtolf. Dime, de quien es?
Iren. Guſtosa me inclino à oìrlo.
Vròn. De Enrico,
Principe de Parma.
Aſtolf. Tòma, apartalo de mis ojos,
que me causa tal congoja
por ſer ſuyo, que ni aun verlo
quisiera pintado en copia.
Vròn. Pues ay mas que no le veas?
Venga, pues.
Iren. Y quan en contra *apart.*
à mi me ſucede, pues
tanto el alma ſe alboroza
de ſaber quien es, que ſiento!
en ella no sè què gloria,
que aun en vèr que es mi enemigo,
vèr ſu imagen me aficiona.
Aſtolf. Mueſtrame otro. *Vr.* Que ſe haga:
y vàn quatro; aqueſte toma,
à Dios, y à la buena dicha.
Aſtolf. Tente, no mas, que eſte ſobra:
(ay de mì!) valgame Amor:
confusa eſtà la memoria,
torpes las demàs potencias,
yo ſin mì, y el alma toda
en un caos; porque es aqueſta
la rara beldad, que adoran
idolatras los ſentidos,
cuya nieve venenosa,
hydròpico el corazon,
bebe con ſed tan anſiosa,
que al paso que bebe mas,
mas que ſe templa, ſe ahoga.
Ciego ſus rigores amo;
(mas ay de mì!) que es de forma
ſu desdèn, que mas que mata,
con èl atrahe, y aprisiona;
y asi, què mucho que el alma,
ya Fenix, ya Mariposa,
ſe arroje ciega à abrasarse
entre ſus luces hermosas,
ò ſu favor ſolicìte,
para alcanzar de eſta forma,
que enmiende con el alhago,
quien con rigor enamora?
Iren. Por cierto, belleza rara,
juſtas fueron las zozobras,
en ignorar tal Deidad,
y con juſta causa aora
la celebras, pues es digna
de tu voluntad heroyca.
Vròn. Grandes albricias espero.
Aſtolf. Te las prometo. *Vròn.* Prontas
quisiera verlas, ſeñor,
porque es grande pecadora
mi fortuna, y temo que
ſe me arrepienta en un hora.
Aſtolf. Bien eſtà: ſin dilacion
dì, Uròn, quien es eſta Diosa.
Vròn. Espere uſted que lo vea:
ay no es nada, la mondonga

por

por Christo que estamos buenos.
Astolf. Acaba ya, dilo. *Vròn.* Aora
la copia me buelve al punto.
Astolf. Por què?
Vròn. Porque esta fregona
es tu enemiga, y asi,
no querràs ni aun verla en copia.
Astolf. Pues quien es?
Vròn. Quien ha de ser? *Astolf.* Di presto.
Vròn. Florida hermosa
de Parma, hermana de Enrico.
Astolf. El alma te escucha absorta:
Florida de Parma (Cielos!)
es muger tan prodigiosa?
què mucho que sea el centro
donde mi pecho reposa?
Vròn. Pues mira como te paga
finezas tan amorosas,
y voluntades tan grandes,
pues ella misma pregona,
que al que pusiere tu Estado
à sus pies, y tu persona,
ofrece su blanca mano.
Astolf. Pues què le mueve à tal obra?
Vròn. Emulos, que nunca faltan,
diciendo, que à Enrico toca
este Estado de derecho.
Astolf. Ay sinrazon mas notoria!
Irene. Ni ay embidia mas villana!
Vròn. A cuyo efecto, de toda
Italia se han aprestado
las mas ilustres personas,
ayudando con sus armas,
procurando de esta forma,
ò por amor, ò por guerra,
conseguir su mano hermosa:
siendo entre todos, señor,
el que mas dichoso logra
de su favor, Filiberto
Duque de Mantua. *Astolf.* La boca
cierra, infame, (ay infelice!)
què flecha tan venenosa
fue esta, (ay Dios!) que me ha pasado
sus filos el alma toda!
Apenas, Cielos, apenas
encontrè la dulce gloria
de mi amor, este veneno,
esta furia, esta congoja,
este volcàn, este etna,
este infierno, que asi nombran
à los zelos, me ha trocado
el gusto en mortal ponzoña.
Quanto tengo, quanto valgo,
mi Estado con mi persona,
todo à sus pies le rindiera,
si no fuera (què zozobra!)
(de pensarlo me estremezco)
esta pasion rigorosa
de saber que al Duque estima.
Mas què digo? ay ansias locas!
dexadme, nadie me siga,
que basta me sigan solas
mis penas; estoy sin mì,
perdì el sentido, y memoria:
Mas què mucho, si en el pecho
siento la lucha rabiosa
de amor, y zelos, y que estos,
consiguiendo la victoria
de los sentidos, me dexan
sin razon el alma toda. *vase.*
Vròn. Preciosas son las albricias.
Irene. Ay Vròn! siga piadosa
tu lealtad su frenesì,
y vèn, me daràs la copia
de Enrico, que quiero verla
de espacio en mi quarto à solas;
y porque guardes secreto
toma este diamante. *vase.*
Vròn. Oygan,
que este estima lo que aquel
desprecia; què linda cosa
fuera, si se enamoràra
del hermano mi señora:
Puede ser; mas como sea
por verla tambien zelosa,
y que herida de la peste
tire piedras como loca,
le dirè como ama Enrico
à Octavia su prima hermosa. *vase.*
Tocan caxas, y clarines, y salen Enrico, Filiberto, y Florida con plumas, y armas, y Soldados.
Filib. Desde aqui, gran señora,
del Sol Atlante, si de Parma Aurora,
puede vèr vuestra Alteza
el valor, la osadìa, y gentileza,

con que tu gente invicta valerosa
esta Ciudad combate tan famosa.
Flor. Duque invicto de Mantua, cuya frente,
à pesar de la embidia, en el Oriente
siempre ceñida viva,
ya del Regio Laurèl, ò Sacra Oliva,
con vos segura vengo
de conseguir el lauro que prevengo.
Enric. Quando à mi cargo viene,
hermana, ese cuidado, no conviene
aumente mi desvelo
de tu vida lidiar con mi rezelo.
Flor. Pues escusado fuera,
que à la guerra viniera,
si he tener suspenso
el vengativo azero, quando pienso
ser yo misma valiente
del Duque de Ferrara el Occidente,
mobil de tanto susto.
Enric. Solo por darte gusto
dexè, Florida hermosa,
que à campaña vinieses valerosa.
Flor. Pues eso mismo, Enrico valeroso,
te obliga à permitirme generoso
à que yo misma vea
quien mas valiente en mi favor se emplea.
Filib. Pues si ha de ser, señora, de esa suerte,
yo el primero serè, que osado, y fuerte,
con amante cuidado,
me precipite al riesgo denodado;
y pues desta victoria
depende conseguir tan alta gloria,
arma, Soldados, arma,
Florida viva, Norte, y Sol de Parma.
Entra empuñando.
Enric. Yo de la misma suerte
pretendo responderte,
ya que el mayor trofeo
es verte en el estado que deseo;
y hasta tanto, Duquesa, te aseguro
no embainar de mi azero el filo duro. *vas.*
Flor. Tu vida, hermano,
el Cielo immortalice:
Ay memoria infelice!
ay pensamiento amante!
dexadme ya por Dios solo un instante,
que basta que en el alma,
la una viva en caos, la otra en calma.
Sale Vròn. Deme à besar V. Alteza,
señora, la suela, ò planta
de ese ponlevì. *Flor.* Levanta;
quien eres? *Vròn.* Soy una pieza,
un corredor, una posta,
un Medico, un Oidor,
un lacayo, un servidor,
un pasatiempo, una costa;
y en fin, un servil gentil
de un vasallo tuyo aora,
que esto todo, gran señora,
logra un hombre por ser vil.
Flor. Y à què tu cuidado viene?
Vròn. De su parte vengo yo
à decirte, como entrò
Astolfo, y su hermana Irene
esta noche en la Ciudad
con gran socorro, y destreza;
y asi, que sepa tu Alteza,
que ay mucha dificultad
en rendirla por violencia,
tanto por la mucha gente,
que dentro encierra valiente,
como por ser la presencia
del Duque quien la defiende.
Flor. Mayor serà mi trofeo,
pues asi podrà el deseo
conseguir lo que pretende.
Quien es vuestro amo?
Vròn. Es un gorron aventurero.
Flor. Es noble? *Vròn.* Gran cavallero,
pues se halla en quatro pies,
y sus fuertes armazones
lo diràn à maravilla,
pues sin ser Rey de Castilla,
todos ellos son Leones.
Flor. Sin duda, que en tal blason
algun mysterio se encierra.
Vròn. Tuvo un dia cierta guerra
con un amigo Leon;
y aviendo triunfado dèl,
puso en sus armas asi:
Mas si quieres verlo, aquì
las traygo yo en un papel.
Flor. Darme gusto puede ser.
Vròn. Pues ese gusto asegura, *ap.*
que esta breva de madura
ha de venir à caer:

Veslas

Veslas aqui. *Dale el retrato de Astolfo.*
Flor. No sè, Cielos,
què es lo que desto colijo:
solo sì, que un regocijo *ap.*
sienten allà mis desvelos.
Vròn. Toma, pues. *Flor.* Advierte, que
este es retrato de un hombre.
Vròn. Pues, señora, no te asombre,
perdona, me equivoquè:
Mas ya que mi engaño errò,
damelo, y se enmendarà.
Oygan, què arrobada està! *ap.*
parece que le agradò.
Flor. Amor, las flechas detén,
que este es el mismo à quien debo
la vida: En què dulce cebo
mis ojos (ay Dios!) se vèn!
Vròn. Damelo, señora, apriesa.
Flor. Oye, espera, que no sè
què siento al mirarlo, que
mas me agrada, que me pesa:
Luego si me hallo rendida,
y el vèr su aspecto me agrada,
debo estàr enamorada:
no, que es solo agradecida.
Pero si siento abrasada
el alma, y de amor herida,
mas que estàr agradecida,
es estàr enamorada.
Dulce pena, felìz calma,
sin duda que esto es asi,
pues al punto que te vì
te has hecho señor del alma:
Mas què me dexo rendir
de Amor (ay Dios!) de esta suerte?
Sì, que es su fuego muy fuerte,
y no puedo resistir.
Vròn. Segun veo en su atencion,
lumbre el pedernal explica:
èl es, pues que ya le pica
de su llama el sabañon;
cara ha puesto de aleluya.
Flor. Còmo te llamas? *Vròn.* Uròn.
Flor. Toma este rico cordon:
y dime por vida tuya,
sin que lo encubra tu error,
el dueño de este retrato,
porque agradecerla trato
la fineza, ò el favor,
que alguna vez le he debido.
Tomale, pues. *Vròn.* Si me pones
tan dorados eslabones,
què mucho me ayas rendido?
Pero à su fuerte invasion,
què plaza tan dura avrà,
ni què castillo podrà
resistirse à tal cordon?
Cordon, cuya fuerza blanda
pudiera rendir sin guerra,
tras Saboya, à Inglaterra,
todo el Imperio, y Olanda.
Cordon, pues, que sin pesar,
sin echarselo, pudiera
hacer, que luego se diera
Barcelona, y Gibraltar.
Flor. Dilo ya. *Vròn.* Sin faltar nada
lo dirè, presta paciencia.
Es la noble descendencia
de mi amo tan honrada::-
Flor. Ya cansas.
Vròn. Es mi amo, pues,
solo un pobre Caballero,
que apenas de Aventurero
te sirve oy. *Flor.* Tan pobre es?
Vròn. Tanto, que por no tener
anoche con que cenar,
la espada huve de empeñar
para darle de comer.
Flor. Este bolsillo, que encierra
dentro bastante interès,
dale de mi parte, pues,
y dile que::- *Dent.* Guerra, guerra.
Flor. Mas què escucho!
Vròn. Presto venga.
Flor. Despues, Uròn, me veràs,
que de esa voz el compàs
estorva que me detenga.
Vròn. Buelveme el retrato, pues,
si acaso gustas. *Flor.* No puedo,
deseo vèr su denuedo,
yo te lo dirè despues. *vase.*
Dentro. Al muro, al fuerte, al castillo.
Vròn. Bien pudiera usted, en tanto
que sonaba aqueste espanto,
averme dado el bolsillo.
Miren si acaso podia

à mas maldita ocasion
salir con la tentacion:
Mas en fin, à mi osadìa
què le toca hacer aqui,
pues ya la lid se trabò?
Arrojarse à ella? no;
retirarse de ella? sì.
Pues no ay cosa en lucha fiera,
que se vea con mas gana,
como toros de ventana,
y pendencia desde afuera.
Vase, y cae al tablado Astolfo, y llega Florida.
Astolf. Los Cielos conmigo sean.
Flor. Levanta, joven vizarro,
anìma, cobra el aliento,
que à tan valiente Soldado
se deben muchos favores.
Astolf. Bello enigma soberano,
una, y mil veces felice
soy, y al verme en tales lazos,
bien puedo decir, y bien,
que ha sido el suceso infausto
caer para levantar,
pues me levantan tus brazos.
Levantase, y al verse se suspenden.
Flor. Què fue esto? Mas què veo!
Astolf. Què ha de ser? Mas Cielos santos,
que llegan à vèr mis ojos
la rara beldad. *Flor.* No en vano,
al verte caer del muro,
con mas piedad, que cuidado
lleguè, joven valeroso,
à ampararte, y asì pago
una vida que te debo.
Astolf. Què mucho me la ayas dado,
quando mi muerte, y mi vida
estàn, señora, en tu mano.
Flor. Què ha sido esto?
Astolf. Aver querido,
vanamente temerario,
ser el primero, señora,
que tremolase vizarro
las armas de tu hermosura
en el muro del contrario.
Flo. Yo os estimo la osadìa.
Astolf. Quien por ti no serà osado?
Flor. Dime, quien eres? *Astolf.* Perdona
el que lo calle, hasta tanto
que lo publìque por mì
el aliento de este brazo.
Y aora con tu licencia,
valeroso buelvo al campo,
ò à ser de una vez dichoso,
ò à morir de desdichado. *vase.*
Flor. Què animoso, què atrevido,
què intrèpido, què arrojado
por la batalla discurre!
què valiente! què vizarro!
Pero què rumor es este?
Salen riñendo Enrico, y Irene de hombre.
Enric. No he de dexarte hasta tanto,
que mi prisionero seas.
Irene. Es tu pretension en vano.
Enric. Rinde las armas. *Iren.* Primero
veràs de tu vida el plazo.
Enr. He de rendirte. *Iren.* Te engañas.
Flor. Principe, señor, hermano,
permite que à mi valor
se le deba aqueste lauro.
Irene. Hermano, y Principe dixo?
sin duda, si bien reparo,
que es ella Florida bella,
y èl Enrico; pero estraño
la diferencia del rostro
con la copia del retrato.
Flor. Rindete al instante, joven.
Irene. Primero vereis de entrambos
el estrago. *Dent. voces.* Llegad presto.
Soldados à la parte de Irene.
1. Ya, gran señora, à tu lado
nos tienes en tu defensa.
Irene. Pues procurad sin agravio
rendir los dos à prision,
que es la Princesa, y su hermano.
2. Rendid las armas.
3. Matarlos serà mejor.
Enric. Ha cobardes,
primero os harè pedazos.
1. Rinde la espada.
Sale Astolfo cubierto el rostro, y Uròn.
Astolf. Villanos,
à vuestro pesar vereis
vuestros intentos frustrados.
Uròn. Eso sì, guarda tu el pecho,
que yo en la espalda me encajo.

3. Huyamos. *Astolf.* Pero què veo!
Irene es: Cielos ſagrados,
què harè en ocasion tan fuerte?
cuidadoso, y descuidado
quitarè el cendal del roſtro,
y asi escusarè el agravio. *Descubrese.*
Flor. O, quien, ſi no tu, pudiera
ſer remedio en tanto daño!
Aſt. Tu esclavo ſoy. *Iren.* Mas què miro!
Aſtolfo (ay Cielos!) mi hermano
contra mì, contra ſu Patria?
què horror! què asombro, y espanto!
Aſtolf. Date à prision, no permitas,
que execute temerario
mis iras en ti. *Iren.* A ti ſolo,
ſegundo Marte gallardo,
me rindo por prisionero,
y mi obediencia consagro.
Aſtolf. Ya en eſto quedas ſervido;
y pues vès, ſeñor, que el Campo
fugitivo ſe retira
à la Ciudad, acertado
ſerà ſeguir el alcance,
y tras èl dar el asalto. *vaſe.*
Enric. Viven los Cielos, que aliento
tan valiente, y esforzado,
ſolo cabe en quien anìma
un corazon de Alexandro.
Flor. Eſte es quien me diò en el monte
la vida animoso, quando
ſiguiendo el ligero corzo,
del Leon me vì en las manos.
Enric. Mucho à ſu valor ſe debe.
Flor. Y aun mas de lo que he pensado;
pues eſte es tambien el mismo
por quien ſupe con cuidado,
que Aſtolfo entrò en la Ciudad,
y el que aora denodado
por entre tanto enemigo
và rompiendo, y penetrando
montes de azero, y ſe arroja
en medio de todo el Campo.
Ya animoso à la muralla
ſe llega, y precipitado,
tremolando el Eſtandarte,
asi publìca ſu labio.
Dent. Aſtolf. Viva Florida divina,
dueño hermoso del Eſtado
de Ferrara. *Dentro.* Viva, viva,
y gozele muchos años.
Dent. Filib. Buscad, amigos, à Aſtolfo.
Salen Aſtolfo, y Filiberto.
Aſtolf. Ya esa es diligencia en vano.
Enr. Por què? decid. *Aſt.* Porque apenas
lleguè, ſeñor, à Palacio
yo el primero en busca ſuya,
pudo en alas de un cavallo
escaparse fugitivo
en habito disfrazado.
Enric. Levanta, Marte ſegundo,
asciende, llega à mis brazos,
que es muy digno tal valor
de premiarse en tales lazos.
Aſtolf. Bien eſtoy à vueſtros pies,
no me levanteis tan alto.
Flor. Bien merecen ſus hazañas
favores tan ſoberanos.
Filib. Cielos, en què ha de parar
agradecimiento tanto?
Enric. Quien eres? *Aſtolf.* No sè de mì,
mas que ſaber, que no alcanzo
mas padre, ni mas nobleza,
que mi azero, y eſte brazo.
Enric. Baſta: à mi cuidado queda
premiar valor tan hidalgo.
Y à vos, Filiberto invicto,
os eſtimo lo vizarro.
Filib. A Florida lo eſtimad,
pues todo el valor, es claro,
es hijo de ſu hermosura,
pues preſta aliento à mis brazos.
Aſtolf. Amor, ſuspende las iras, *ap.*
no esgrimas cruel el arco.
Enric. Seguidme, Duque: y à vos
os encargo del cuidado
de ese galàn prisionero,
y os ruego le deis buen trato. *vaſe.*
Filib. Y yo ruego à vueſtra Alteza,
hermoso dueño adorado,
ſe retire à los Reales,
dando treguas al cansancio,
y à tan contrarias fatigas.
Aſtolf. O quien pudiera, tyrano, *ap.*
reducirte à una pavesa
con las centellas que exalo!
Flor. Señor Duque Filiberto,

con esos nombres de espacio,
que se ofende quien los oye.
Astolf. Y como que yo me agravio.
Flor. Y aun lo siente el pundonor.
Ast. Uròn? *Uròn.* Señor. *Ast.* Con cuidado
retira ese prisionero
à mi tienda. *Iren.* Què me espanto,
Amor, si eres tu quien riges?
Còmo, Uròn, me has engañado
con el retrato? *Uròn.* No sè.
Iren. No lo siento; pero vamos. *vanse.*
Astolf. Sola Florida se queda.
Flor. Solo allì miro al Soldado.
Astolf. Pues lograrè esta ocasion.
Flor. Pues no perderè este rato.
Astolf. Yo me llego. *Flor.* Yo me acerco.
Astolf. Yo le nombro. *Flor.* Yo le llamo.
Astolf. Darèle à entender mi amor?
Flor. Le explicarè mi cuidado?
Astolf. Sì, que Amor asì lo quiere.
Flor. Sì, que asi mi pena allano.
Astolf. Mas no, que el temor me impide.
Flor. Mas no, que mi honor agravio.
Astolf. Pero he de callar muriendo?
Flor. Pero he de morir callando?
Astolf. En mì serà cobardìa.
Flor. No serà mi amor osado.
Astolf. Cobarde mi aliento està.
Flor. Mi valor està turbado. (cho::-
Ast. Mas què mucho::- *Flor.* Mas què mu-
Astolf. Si me anego::- *Flor.* Si batallo::-
Astolf. Con un mar de mil rezelos?
Flor. Con un monte de cuidados?
Astolf. Voyme, pues. *Flor.* Yo me retiro.
Astolf. Sufre, amor. *Flor.* Sentid, quebrantos.
Astolf. Mas ay de mì! que me quemo.
Flor. Pero ay de mì! que me abraso.
Astolf. Buelvo à verle.
Flor. A hablarle llego.
Astolf. Yo le aviso. *Flor.* Yo le llamo.
Astolf. Pues ya sin fuerzas me siento.
Flor. Pues ya sin valor me hallo.
Soldado? *Astolf.* Señora mia.
Flor. Pues còmo tan mudo el labio?
tienes que hablarme? no llegas?
Astolf. Señora, por no enojaros,
conociendo mi humildad,
me retiro por no hablaros.
Flor. O si nacieras mi igual!
Astolf. O quien pudiera hablar claro!
Flor. Harto mis ojos te dicen.
Astolf. Mi valor te ha dicho harto.
Flor. Muy bien el valor mostrais.
Astolf. Es hijo, en fin, de los rayos
de vuestros divinos ojos.
Flor. Què decìs?
Astolf. Que à vos se os debe
todo el valor del criado.
Flor. Noble sois, seguid la empresa,
pues yo faltar à mi hermano
no puedo. *Astolf.* Què me decìs?
Flor. No puedo hablaros mas claro.
Astolf. Ni yo me entiendo à mi mismo.
Flo. Quedad con Dios, gran Soldado. *vas.*
Astolf. El os guarde: Ten, fortuna,
que ya es tu favor sobrado,
ya en los hombros de tu rueda
al trono me has levantado.

JORNADA SEGUNDA.

Sale Florida, y cantan.

Music. Callo, y lloro, porque temo
llorando, y callando tanto,
que me abraso con el llanto,
y con el callar me quemo.
Flor. No canteis mas, (ay de mì!)
dexadme, que no quisiera,
que nadie me hablàra, ò viera,
sino à quien el alma dì.
Tal estoy desde que vì
su vizarria robusta,
que todo (ay Dios!) me disgusta,
todo le fatiga al alma,
y solo en tan dura calma,
vèr su copia es lo que gusta.
Saca el Retrato.
Esta es (Cielos!) de mi mal
la ocasion, su dueño ausente
de Parma està; pues valiente,
con cargo de General
fue à rendir en lid campal
à Ferrara; y pues un rato
estoy sola, sin recato,
ya que hablar sin susto, y miedo
con su original no puedo,

quie-

quiero hablar con su retrato.
Tu, que de aquel que yo adoro
eres una imagen fria,
oye un poco el ansia mia,
que eres incapàz no ignoro
de sentir por lo que lloro;
mas ya que por mi pesar
sentir no puedes, ni hablar,
por tener ausente el alma,
por lo menos en tal calma
no dexaràs de escuchar.
Habla, pues, dile à tu dueño,
que toque animoso al arma,
que buelva triunfante à Parma,
que ya sin rigor, ni ceño
oirè su amor alhagueño,
sin vèr la desigualdad.
No tema la vanidad
de tan heroyco trofeo,
que es tan grande mi deseo,
que ensalzarà su humildad.

Sale Uròn. Dame tus pies.
Flor. Con bien vengas,
Uròn, que alegres noticias
me prometo. *Uròn.* Las albricias
es menester que prevengas.
Flor. Yo te las ofrezco. *Uròn.* Pues
sabe como victorioso,
triunfante, ufano, y dichoso
mi amo viene. *Flor.* Nueva es,
que debo estimarte asi:
toma aqueste relox rico.
Uròn. Mi lengua, aunque sucia, aplico
à tu limpio ponlevì.
Tambien sè, que con victoria
viene el Duque Filiberto.
Flor. Aquese triunfo, por cierto,
no me dà pena, ni gloria.

Clarin dentro.

Mas què bèlico rumor
es este que rompe el viento?
Uròn. Hacen salva al vencimiento
uno, y otro vencedor.

Al son de cajas, y clarines salen con insignias de vencedores, por una puerta Astolfo, Roberto, y Soldados, y por otra Filiberto, Enrico, y Soldados.

Astolf. Deme tu Alteza sus plantas.
Enr. Llega à mis brazos, Leonelo.
Astolf. Como de la tierra al Cielo,
señor, mi humildad levantas.
Enr. Duque invicto Filiberto,
ansiosos estàn mis brazos
de los vuestros. *Filib.* Son dos lazos,
que enlazan un amor cierto.
Enr. Florida? *Flor.* Hermano, y señor?
Enr. Una, y mil veces es bien,
que rindas el parabien
al invencible valor
de dos tan fuertes guerreros;
pues ya por su brazo, y brio
sujeta al dominio mio
Ferrara està. *Flor.* Agradeceros
debo à un tiempo, y daros gracias
de trofeo, que es tan justo
à vos, Filiberto Augusto.
Astolf. No me atormenteis, desgracias.
Flor. Porque con mayor desvelo
sois quien mas fino, y propicio
os empleais en mi servicio:
y à vos, valiente Leonelo.
Filib. Penas, no me congojeis.
Flor. De este Estado invicto Polo,
porque se os debe à vos solo
mas de aquello que debeis.
Uròn. Y à mì no se dice nada,
quando se me debe à mì
mas de aquello que debì
hacer con aquesta espada?
Enr. Què se os debe? *Uròn.* Aver prestado
esta hoja mil veces yo
al que la suya quebrò,
y nunca se me ha pagado.
Rob. Augusto Enrico, aunque à mì
no me toca hablar en esto,
por ser quien soy, ya supuesto,
que el lance lo pide asi,
sin agraviar parte alguna,
por los dos deciros puedo,
que ya del uno el denuedo,
ya del otro la fortuna,
iguales en dos balanzas
guerrean à un tiempo mismo:
si bien en el fuerte abismo
de tan nobles esperanzas,
oy la de Leonelo Augusto

puede con justa razon
adelantar su blason;
pues por su brazo, ò su gusto,
por su valor, ò violencia,
que otro dudo lo alcanzàra,
oy en nombre de Ferrara
vengo à daros la obediencia.
Enric. A Florida se la dad,
puesto que es suya esta empresa.
Rob. A tus pies por mi Duquesa
rendida està mi humildad.
Flor. Levantad, quien sois? *Rob.* Roberto,
que por noble, y por lèal
me honrò como à General
Astolfo. *Flor.* Y con gran acierto.
Enric. Vamos, pues, à descansar:
seguidme, Duque. *vase.*
Filib. Ya os sigo:
mal mi esperanza consigo
con tan continuo pesar.
Quedase al paño.
De aqui con recato (ay Cielos!)
un instante he de escuchar,
por vèr si puedo apurar
la causa de estos rezelos.
Flor. Leonelo? *Astolf.* Señora, què
me mandais? *Flor.* Saber gustàra
la conquista de Ferrara,
còmo, ò de què suerte fue.
Pero porque considero,
que vendreis cansado en fin,
en la rexa del jardin
yo misma esta noche espero,
donde sin zozobra alguna
de todo me dareis cuenta.
Filib. Ay enemiga cruenta!
què escucho, cruel fortuna!
Flor. El lenzuelo, por no errar,
servirà de cierta voz,
que suspendiendo velòz
el ayre, entonces llegar
podeis sin temor, ni miedo.
Astolf. Beso, señora, tus pies.
Flor. Dios os guarde: (Amor, ya vès
que hago todo quanto puedo.) *vase.*
Filib. Cielos, què es esto que oì!
què es esto (ay Dios!) que escuchè!
Pero yo me vengarè;
mas esto quedese asi. *vase.*
Astolf. Ay mas venturosa dicha!
Uròn. Ello dirà si es favor.
Rob. Astolfo, Duque, señor,
què estrella, ò cruel desdicha
en tal miseria te ha puesto?
Tu asi, señor, disfrazado
contra ti, contra tu Estado?
què enigma ha sido, ò pretexto,
que tu grandeza atropella?
Tù con nombre de Leonelo?
Astolf. Esto es permitirlo el Cielo,
ò quererlo asi mi estrella;
y pues esto ya no tiene
remedio alguno, Roberto,
callar, y vèr es lo cierto,
pues esto es lo que conviene.
Seguidme, pues. *Uròn.* Señor, vamos.
Rob. Uròn, dime tu, què es esto?
Uròn. Yo no lo entiendo, supuesto
que todos asi jugamos. *vanse.*
Rob. Confuso, por Dios, estoy
de este cuento, y quando intento
apurar el pensamiento,
de Scila en Caribdis doy. *vase.*
Salen Astolfo, y Uròn.
Astolf. En fin, Uròn, que eso todo
con Florida te pasò?
Uròn. Todo, señor, sucediò
de esta suerte, y de este modo.
Astolf. Què ella tiene mi retrato?
mil triunfos Amor previene.
Uròn. Tan en sí pienso le tiene,
que lo mira sin recato.
Astolf. Fortuna, tente por Dios.
Uròn. Que apresure al Mar su entrega
el Sol su arrebol le ruega.
Astolf. Parèmos aqui los dos.
Ardiente Fenix, tu, que en dulce abismo
en cuna naces de zafir brillante,
y en urna de cristal, y de diamante
tu mismo te sepultas à ti mismo.
Tu, que bolviendo en ti del parasismo,
miras con ojos de oro luminantes
desde la fè mas pura, y mas amante,
hasta el barbaro error del Ateismo.
Tu, que à Adàn en Palacios de zafiros
tuviste amor, y ya tus luces bellas
sa-

saben de amor, atiende à mis suspiros,
y en cenizas convierte tus centellas,
pues vès que Amor me espera entre los gyros,
trèmulos de la luz de las estrellas.
Sale Enric. Leonelo?
Astolf. Principe Augusto?
Enric. Estamos solos? *Astolf.* Sì estamos;
retirate. *Vròn.* Ya nos vamos,
aunque no con mucho gusto.
Retirase Vròn.
Enric. Oye, que en breves razones
quiero decirte, Leonelo,
la causa de mi desvelo,
y el mobil de mis pasiones.
Sabe (ay Leonelo!) que el alma
tan enferma està de amor,
que abrasada de su ardor
vive en tan ardiente calma,
y en tan penoso baybèn,
que en todo siente disgusto:
Mas còmo ha de tener gusto
quien de amor siente el desdèn?
Muero (ay triste!) à su rigor,
y su esquiva crueldad.
Astolf. Vive en Parma esa beldad?
Enric. Y en Palacio. *Astolf.* Pues señor,
què hermosura puede aver,
que pueda, si bien se mira,
de tì librarse? *Enric.* La ira
tan sola de una muger.
Astolf. Siendo muger (caso injusto!)
tienes mas en tal batalla,
pues vive aqui, que es gozalla,
ò por violencia, ò por gusto?
Vròn. No es consejo ese de viejo:
y por cierto me alegràra,
que te saliera à la cara
la imprudencia del consejo.
Astolf. Mas la beldad que te tiene
en tal calma, sepa yo.
Enric. Quien pudiera ser sino
sola la esquivèz de Irene?
Astolf. Còmo los ardientes senos
no rasgais, Esferas bellas?
vibrad ayradas centellas,
esgrimid rayos, y truenos
contra mi pecho cruel:
venga el Cielo sobre mì.
Vròn. Cayga solo sobre tì,
y tu consejo tan fiel.
Astolf. Pues señor, puesto que tiene
su quarto puerta al Jardin,
y reja tambien en fin,
primero hablarla conviene.
Enric. Con eso, Leonelo amigo,
le dàs vida à mi esperanza.
Astolf. O como cruel alcanza
el hado ya mi castigo!
Enric. Y pues ya la noche fria
demuestra tender su manto,
esperame, amigo, en tanto
que aqui buelve el ansia mia. *vase.*
Astolf. Valgame el Cielo sagrado!
y su infinito poder
esta vez sea conmigo;
pues si me falta esta vez,
mas que temer à los hados,
à mi me debo temer.
A quien, Cielos, en el mundo,
decidme por dicha, à quien
lo que miran mis desdichas
ha podido suceder?
Ser tercero de su Dama
ya se ha visto; pero ser,
(Cielos!) de su misma hermana,
de su propio honor! en quien
esto se vè, ni se ha visto?
mas ay! que ya en mì se vè.
Cabe ya mas en desdichas?
ya mas no puede caber:
Viven los Cielos, que estoy
por darme muerte cruel,
y castigarme yo mismo
con lo mismo que yo errè.
Llega Vròn.
Vròn. En què ha de parar la lid
de tus locuras? *Astolf.* En què
(ay Vròn!) parar podian,
sino en venir à perder
la vida, y el honor todo?
El Principe. *Vròn.* Ya lo sè.
Astolf. Pues què sabes? *Vr.* Lo que Enrico
te dixo de mano à pie.
Astolf. Y què dices de mis ansias?
Vròn. Que se te emplean muy bien,

pues

pues asi tù lo has dispuesto.
Astolf. Maldigate el Cielo, amen:
Eso dices? *Uròn.* Pues què quieres?
Astolf. Esto discurro: Aora vèn,
que antes que Enrico me oyga
hablar à Irene podrè,
y advertirla prevenido
de todo lo que ha de hacer.
Uròn. Pues de esa manera, no
podràs à Florida vèr.
Astolf. Còmo es posible, (ay Uròn!)
antes de mi parte vè,
y le diràs à su Alteza
perdone el ser descortès
con sus ordenes, que el Hado
me impide el lograr tal bien,
por servir bien à su hermano.
Uròn. Decirselo asi sabrè.
Astolf. Pues en oyendo el acento
de una dulce voz romper
el zèfiro, con recato
se lo diràs. *Uròn.* Sì dirè.
Astolf. Yo estimarè tu cuidado:
Y pues que ya à obscurecer
la noche empieza, (ay de mì!)
por aqui conmigo vèn,
consejarèmos los dos. *vase.*
Uròn. Mas bien te siguiera à Argèl,
que à lidiar con tus locuras:
Pero ya què hemos de hacer,
si asi mi suerte lo quiere?
Uròn, sigamosle, pues. *vase.*
Sale Filiberto de noche.
Filib. Antorchas puras, y bellas,
que sin eclipse, ò capuzes,
siendo de la noche luces,
sois del Firmamento estrellas:
Vuestras lucientes centellas
de celages embozad,
reyne en vos la obscuridad,
pues importa à un desdichado
en las sombras de embozado
descubrir la claridad.
Con el nombre de Leonelo
fingido, intenta mi amor
lograr el sumo favor,
que humano le ofrece el Cielo.
Yo he de apurar mi rezelo,
para saber desta suerte
si Florida (pena fuerte!)
à Leonelo quiere, ò no;
pero si ella le ama, yo
me vengarè con su muerte.
Quando es tan grande el favor,
que le hace su hermosura,
mas mi sospecha asegura,
y acredita su rigor.
Mas ya un confuso rumor
se escucha en la reja fria:
Ea, Amor, pues eres guia
de tan tyrana pasion,
pues es tuya la ocasion,
haz de suerte que sea mia.
A la reja Florida, y Octavia.
Flor. Tu fineza igual no tiene.
Octav. Pues esto, señora, pasa.
Flor. Que en fin, Leonelo se abrasa
en la hermosura de Irene?
Octav. Si señora. *Flor.* Yo estoy muerta.
De què modo lo has sabido?
Octav. Ya ha dias que lo he entendido,
y lo sè por cosa cierta.
Flor. Què dices? ay ansia fiera!
y ella rendida le adora?
Octav. Desde el instante, señora,
que la traxo prisionera,
y con ella vino en fin
à Palacio con porfia,
ya de noche, ya de dia,
se hablan por el Jardin.
Flor. Y les has oìdo (ay Dios!)
què trataban en efeto?
Octav. Siempre hablan en secreto,
y siempre solos los dos.
Filib. Hablando estàn en la reja,
mas nada oìr he podido:
hacer pretendo ruìdo,
por vèr si alguno se aleja.
Octav. Alli està, señora, un bulto,
y àzia aqui viene velòz.
Flor. Pues rompa el ayre la voz,
que si es èl, no dificulto,
que llegue al punto al señuelo.
Octav. El irnos fuera mejor.
Flor. No, que pretende mi amor
apurar este rezelo.

Filib. Parece que un instrumento
suena ya, si no me engaño.
Octav. Amor te dè el desengaño.
Flor. Rompa, pues, tu voz el viento.
Canta Octav. Por una cruel mudanza
Fenisa lloraba tanto,
que en el ardor de su llanto
consumìa la venganza.
Sale Vròn. Parece que à ocasion buena
mis cuidados han venido;
pues si no engaña el oìdo,
ya el tiple animado suena.
Poquito à poco, y oculto
voy acercandome aqui:
Mas ay Dios! què veo allì?
Jesus, y què grande bulto!
Canta Octav. Llore, que si llora, es bien
sienta dolor tan injusto,
pues que quiso por su gusto
amar sin saber à quien.
Vròn. Por Christo, que el tal salvage,
sin decir arre, ni jò,
à la reja se llegò:
con que asi dar mi mensage
mal podrè; què bueno fuera
dar aviso à mi señor!
Filib. En ti confiado, Amor,
me llego à mi misma esfera.
Llega à la reja.
No habla esta letra conmigo.
Flor. Sois Leonelo? *Filib.* Si señora.
Flor. Pues què imaginais aora?
Filib. Lo mismo que aqui ya os digo:
Aguila soy, que se pasa
asi à la Region del Sol:
mas si su ardiente arrebol
ya me deslumbra, ya abrasa,
Aguila no debo ser,
sino Salamandra amante,
que al mirar la luz brillante
de tus ojos, por arder
entre centellas tan bellas,
à morir en su deseo
se arroja, por ser trofeo
de sus ardientes centellas.
Vròn. No està malo aquel reclamo:
Mas quien serà este Adalid,
que se finge con ardid
mi amo, sin ser mi amo?
Flor. No ufano con el favor
de que yo aqui os he llamado,
os querrais pasar osado
à frenesìes de Amor.
Filib. No sè, Florida divina,
en què he ofendido tus ojos,
ni alcanzo que à sus enojos
diese causa mi fé fina,
ni mi corazon constante.
Flor. Pues no presumais, Leonelo,
que ignoro vuestro desvelo,
como de quien sois amante.
Filib. Vive Dios, pues zelos tiene, *ap.*
que es señal de que le ama:
Yo amar, señora, à otra dama?
Flor. Pues negaràs que es à Irene?
Vròn. Callen, que està bueno el caso.
Filib. Què es esto que pasa, Cielos! *ap.*
ella zelos, y yo zelos?
en vivo fuego me abraso.
Flor. Parece que os ha dexado
confuso el aver oìdo,
que vuestro amor he sabido.
Filib. Confieso que estoy elado, *ap.*
y en este zeloso abismo
à hermosura tan ingrata,
con lo mismo que me mata,
he de matar con lo mismo.
Flor. Què me respondeis? *Fil.* Es cierto,
que yo::- *Flor.* Terrible sentencia!
Filib. A Irene::- *Flor.* Zelos, prudencia,
Filib. Quiero.
Flor. Tente, que me has muerto.
Vròn. Aya enredo mas estraño!
O quien en esta ocasion
pudiera hacerse un Leon
para aclarar este engaño!
Filib. Señora, considerando,
que atreverme à tu hermosura
era en mì mas que locura,
siendo quien soy, y mas quando
sè, que el Duque Filiberto
os adora tan rendido,
fuera ser muy atrevido
pretender con poco acierto
contrastar la oposicion
de tan soberano aliento.

Flor. Yo estoy sufriendo el tormento,
y èl ha-e la confesion.
Octav. Vès ya claro, que te agravia
con Irene su deseo?
Flor. Ya por mis desdichas veo
cierta tu sospecha, Octavia:
Luego el averos mudado
ha sido por cobardìa?
Filib. Conozco la humildad mia,
y esto quita ser yo osado.
Flor. Luego no ardeis en la llama
donde soliais arder?
Filib. Echemoslo ya à perder: *ap.*
Si ya os confieso, que ama
el corazon la beldad,
señora, de Irene bella,
pues Amor me ofrece en ella,
que se premie mi humildad;
fuera, si::- *Flor.* Sois un grosero,
un atrevido, villano,
necio, loco, altivo, y vano,
sin prendas de Cavallero.
Pues no digo yo que fuera
quien soy, sino solo ser
la mas infame muger,
es imposible que huviera
hombre, ni creo se hallàra,
que por averse mudado,
à la dama que avia amado
lo dixera cara à cara.
Y pues fue tan atrevida
vuestra lengua, idos, Leonelo,
aprisa, que vive el Cielo,
que os haga quitar la vida.
Vén, Octavia, y ese necio
dexale, en fin, por villano. *vanse.*
Filib. Muere, enemiga, al tyrano
rigor cruel de un desprecio:
Ya voy consolado, Amor,
pues que logrò mi esperanza
tan sin pensar la venganza
de mi zeloso dolor. *vase.*
Vròn. Ya no ay aqui mas que vèr,
pues cesò todo el reclamo;
voy à dar cuenta à mi amo
de lo que tiene de hacer. *vase.*

Sale Florida, y Octavia.

Flor. Aqui quiero descansar
sola un instante conmigo:
vete, Octavia, que el castigo,
el tormento, y el pesar,
que me ha dado Amor (ay Cielos!)
basta me hagan compañia.
Octav. Verte sola no querìa.
Flor. Conmigo quedan mis zelos:
vete pues. *Oct.* Servirte es justo. *vase.*
Flor. Amor tyrano, enemigo,
còmo tan cruel conmigo?
còmo tan falso, è injusto?
No bastaba, cruel Amor,
aver (fuerte desvarìo!)
humillado mi alvedrìo
à tu alhagueño rigor;
sino que tambien (ay Cielos!)
para aumentar mis pasiones,
à confesarlas me pones
en el potro de los zelos?
Si sujetado me huvieras
à un Principe soberano,
y luego despues tyrano
iras à iras añadieras,
sufriera tu tyranìa:
Pero hacer que mi desdèn
depusiese contra quien
mas mi desdèn me decìa?
Pero rumor siento alli
de gente, segun infiero,
curiosa escucharles quiero
retirada desde aqui.

Retirase, y salen Astolfo, y Enrico.

Enric. Pisa con silencio, amigo.
Astolf. Ya piso, señor, de suerte,
que si me siente la tierra,
serà que la tierra siente.
Enric. Yo he de apurar esta noche
si el mobil de sus desdenes
es otro amor. *Ast.* No es posible,
ni es razon que eso sospeches.
Flor. Nada el oìdo averigua,
por mas que escucha, y atiende.
Enric. Lleguemos, pues, à la reja,
por si las ansias ardientes
de mis suspiros alcanzan,
que su hermosura las temple.
Astolf. Què cobarde (ay Dios!) anìmo
las plantas! *Flor.* Pero parece

que

que con lentos pases vàn
àzia la rexa de Irene.
Enr. Pienso que abren la rexa.
Astolf. Y si la vista no miente,
una muger saliò à ella.
Enr. Pues por vèr què es esto, un breve
instante nos esperemos.

Irene à la rexa.

Iren. Cielos,
si avrà querido mi suerte,
que aya venido mi hermano!
porque mis congojas quieren
desahogar con èl sus ansias,
para que el remedio intente.
Mas si no me engaño, alli
diviso confusamente
dos hombres; mas quièn ignora,
que Astolfo serà, que viene
à verme con su criado?
Sea imàn, para que llegue
la voz de aqueste instrumento.
Astolf. Sin duda que cantar quiere.
Enr. Pues escuchemos un poco.
Flor. Sentidos, callar conviene.
Canta Irene. Por dar gusto à la pasion
de un amante desvarìo,
me dexò sin alvedrìo
quien me tiene el corazon.
Astolf. Tienes razon, pues por mì *ap.*
asi (ay Dios!) llegas à verte.
Canta Irene. Mas si asi por su rigor
en prision à verme llego,
serà porque diga luego,
que mas no cabe en Amor.
Flor. De Irene (ay Dios!) es la voz,
bien dà à entender claramente,
que es Leonelo la ocasion
de la prision que padece:
mas no siente la de Marte,
la de Amor sì solo siente.
Iren. Ya el ayre de mis suspiros
tìmido sus plantas mueve,
pues poco à poco se acerca.
Flor. Ya el uno llegò à la rexa:
ojos, oìd mudamente.
Iren. Cè, es Leonelo?
Astolf. El mismo soy,
hermosa divina Irene.
Flor. Leonelo dixo? (ay de mi!)
y què fino cortesmente
le respondiò! ay enemigo!
mal pagas lo que me debes.
Iren Pues llegate à mi por Dios,
porque he tenido hasta verte
de lo fragil de un suspiro
todo el corazon pendiente.
Flor. Embidia me dà de oírla:
Ya, Cielos, què mas patente
he de vèr el desengaño?
Astolf. Habla con recato, Irene,
que no falta quien escuche.
Flor. Y como que ay quien atiende.
Astolf. El tiempo no dà lugar
para que pueda atenderte.
Iren. Quièn lo estorva?
Astolf. Mis desdichas.
Iren. Pues para que las aumentes,
sabe que el Principe:-
Astolf. Ay Dios!
no prosigas mas, detente:
ya por mi mal lo he sabido,
puesto que èl conmigo viene
solo à gozar tu hermosura.
Flor. Ya nada escucharse puede.
segun lo secreto que hablan.
Enr. Què mal sufre quien bien sien:
ya no puedo esperar mas.
Flor. Que nada pueda entenderse!
Enr. Leonelo? *Astolf.* Señor.
Enr. En què
tanto tiempo te detienes?
Astolf. Gran señor, presta paciencia;
que es el castillo muy fuerte;
pero espero que muy presto
rendido se nos entregue.
Enr. No cese el fuego de arder,
buelve, amigo, otra vez buelve,
y repitela mis ansias.
Iren. Pues què es lo que yo he de hacer?
Astolf. Aqui el remedio que tiene
es, que à abrir baxes la puerta,
que dentro à tu quarto entre.
Iren. Què dices? (ay Dios!) *Ast.* No te-
peligros, ni inconvenientes, (mas
quando vès que estoy contigo.
Enr. Leonelo, dì prestamente;

què tenemos, muerte, ò vida?
Astolf. Vida, señor, mas que muerte.
Flor. Aya mas raros enigmas!
en què vendrà à parar este
encanto? *Astolf.* Advertida quedas
de lo que has de hacer, Irene.
Iren. Tuya soy, Leonelo mio,
haz de mi lo que quisieres.
Vase Irene de la rexa.
Flor. Tuya soy, Leonelo mio.
haz de mi lo que quisieres?
Què es esto (ay de mi!) que miro?
ay villano mas aleve!
que asi burle mi grandeza!
Astolf. Ya, señor, tu Alteza puede
cantar el lauro. *Enr.* Què dices?
Ast. Que ya he conseguido que entren:
vamos, pues. *Enr.* Dame los brazos,
amigo. *Astolf.* Què te detienes?
que ya està abierto, señor.
Enr. Todo à tu valor se debe.
Entranse Astolfo, y Enrico.
Flor. Cielos, aun esto es peor:
Vive Dios, que baxò Irene
à abrirle la puerta: ay triste!
el corazon se estremece;
dentro entraron: mas què aguardo,
supuesto que puerta tiene
à mi quarto, que por ella
no entro vengativa, y fuerte
à castigar tanto agravio?
à vengar la injuria aleve
de estos traydores, que à el alma
sus tiros hacer pretenden?
Vase, y salen Irene, Astolfo, y Enrico.
Iren. A los favores atenta,
que os servìs, señor, de hacerme,
ya en acordaros de mi,
como de venir à verme,
concedì con la licencia,
que con ese confidente
mandò intimar vuestra Alteza.
Astolf. El Cielo su voz aliente. *ap.*
Iren. Visitas, señor, como estas
à estas horas, de esta suerte,
para nna vez si son buenas,
son malas para dos veces.
Quien os viere asi venir
embozado cautamente,
entrar por la puerta falsa
del jardin, anteponerse
primero con un criado,
para que yo entrar os dexe,
teniendo puerta este quarto
pùblica, por donde puede
entrar solo el que procura
honrarme, ò favorecerme,
mas que especie de favor,
parece de mal especie:
Què dirà, buelvo à decir?
Enric. Bastan ya, divina Irene,
tus quexas, quando conozco,
que advertida cuerdamente
culpas mi poco recato;
pero si errè, enmendarème,
viniendo à verte otra vez
solo, ò como tu quisieres.
Iren. Antes vuestra Alteza escuse
el venir, señor, à verme,
que una pobre prisionera
de què provecho ha de serle
à un Principe tan famoso.
Enric. Pedirme, ò mandar que dexe
de gozar la luz hermosa
de tus ojos, bella Irene,
es privarme de la vida,
pues con ella se sostiene.
Astolf. En què lucha, honor, te miras
por mi causa! cuerdo llegue
à vèr como nos hallamos:
Señor? *Enr.* Leonelo, què quieres?
Astolf. Què tenemos, bien, ò mal?
Enr. Mas que bien, mal me parece.
Astolf. Eso me parece bien. *ap.*
Enr. Resistese cautamente,
respondiendo à mi sentido,
aunque al caso diferente
de lo que buscan mis ansias.
Astolf. Pues los cariños no cesen;
y si no basta, el rigor
venza lo que ellos no pueden:
Haz, señor, como te digo.
Enr. Eso à los dos nos conviene.
Astolf. Cielos, ay mayor desdicha!
que yo mismo infamemente
contra mì, contra mi honor

arme, ayude, y aconseje!
pero ſufr amos, Amor.
Enr. Còmo tan cruel procedes
contra un alma que te adora?
mi bien, los enojos ceſen,
no esgrimas, por Dios te pido,
tan tyrana fuego, y nieve;
mas ſi guſtas de ese hechizo,
ya que el ardor me concedes,
en que ya Fenix me abraso,
no el refrigerio me niegues.
Aſtolf. Cielos, ſe hallarà en el mundo
hombre, que mire patente
tal infamia, y à ſus ojos
à ſu hermana la requiebren!
Iren. Es la pretension en vano.
Enr. Mis lagrimas no te mueven?
Iren. Son tyranos cocodrilos,
que con la ternura quieren
atraerme à ſu dulzura,
y despues darme la muerte.
Enr. Duelete de mis ſuspiros.
Iren. Son Sirenas, que pretenden
con ſus ecos atractivos
dorar ſu traycion aleve.
Enr. Vive Dios! pues que no baſtan
ni mi llanto à enternecerte,
ni lamentos à ablandarte,
ni gemidos à moverte,
que ha de alcanzar el poder
lo que el cariño no puede,
y que el ardor de mi pecho
ha de apagar esa nieve
de tu mano: Tèn, Leonelo,
la puerta, que nadie entre.
Eſto ha de ſer de eſte modo.
Và à tomarle la mano.
Aſtolf. Quien viò lance como aqueſte!
ya me falta la paciencia.
Iren. Vueſtra Alteza ſe refrene,
y advierta, que tengo hermano
de condicion tan ardiente,
que en ſabiendo eſta osadìa,
ſabrà vengarla valiente.
Enr. Esas vanas amenazas,
ni las rezela, ni teme
mi valor, y mas ſi ya
ſe halla ſin armas, ni gente,
ausente, y ſin fuerza alguna.
Iren. Pues aunque ſe halle ausente,
allà los ojos del alma
lo eſtàn viendo tan patente,
que imagino, y aun lo creo,
que nos mira, y nos atiende.
Enr. Esas ſon vanas idèas,
que el alma presentar ſuele.
Iren. No tanto, que de ella misma
no ſalga, ſi ſe ofreciere,
para defender ſu honor.
Enr. Pues llamale à vèr ſi viene.
Iren. No darà lugar tu Alteza
à que le llame. *Enr.* No pueden
ya mis ansias ſufrir mas.
Iren. Pues ſi mi honor no te duele,
yo le llamarè, porque èl
me ampare. *Enr.* Mas enciendes
con eso mi ardiente ſed.
Aſtolf. Y à mì para que me vengue.
Buelve à tomarla la mano.
Iren. Hermano, Aſtolfo, ſeñor,
còmo à tus ojos consientes
tal agravio, tal infamia?
Enr. Mas me incitas. *Iren.* Señor, tente.
Astolf. Ya es afrenta esperar mas.
Saca Astolfo la espada, llega Florida à la puerta, y dè golpes.
Flor. Abreme eſta puerta, Irene.
Astolf. Muera el atrevido que::-
Enr. Pues què atrevimiento es eſte?
la espada ſacas, Leonelo?
Iren. Aya lances mas crueles!
Astolf. No repara vueſtra Alteza,
que ay en eſta puerta gente,
que entrar pretende atrevida?
Flor. Irene, què te detienes?
abre eſta puerta, *Enr.* A què mala
ocasion Florida viene!
pues ſu voz dice que es ella.
Astolf. Antes ſu piedad no puede
llegar à tiempo mejor *ap.*
en ocasion tan urgente.
Flor. Abre ya preſto, què esperas?
Iren. Voy à abrirla preſtamente.
Llega al paño Irene.
Enr. Vive Dios, que no quisiera,
que Florida conociese

mi

mi flaqueza! pero asi
dispongo el que se remodie:
irème por donde entràre,
y venga lo que viniere.

Apaga Enrico las luces, y vase por donde entra Florida.

Astolf. Las luces matò: ò tyrano!
Flor. Què rumor ha sido aqueste?
còmo està esta pieza à obscuras?
no ay en esta sala gente?
Ola, Octavia, Celia, Julia,
sacad aqui brevemente
luces. *Astolf.* El Cielo me valga! *ap.*

Sale Octavia con luces.

Octav. Ya aqui, señora, las tienes.
Flor. Esto solo vèr queria.
Astolf. No estoy en mì del suceso.
Iren. Hase visto tal exceso!
Flor. Leonelo, pues què osadìa,
ò què vil atrevimiento
es este? Vos torpe, y mudo
con el azero desnudo,
sin luz en este aposento
con Irene? *Iren.* Pena fuerte!
Flor. Y à solas? decid què ha sido.
Astolf. Que el Principe se aya ido,
dexandome de esta suerte!
Flor. Alguna infamia asegura
la turbacion de los dos.
Astolf. Confuso estoy, vive Dios.
Iren. Y yo, por mas que procura
el pecho, y valor previene,
formar razones no puedo.
Flor. Sin duda os usurpa el miedo
la voz: No me hablais, Irene?
Iren. Gran señora (estoy sin mì!)
lo que esto fue, brevemente
lo sabràs. *Astolf.* El Cielo aliente
su voz. *Iren.* Si me escuchas. *Flor.* Dì.
Iren. Un Pyrata cauteloso,
señora, la causa es
de la desdicha que vès;
pues atrevido, y mañoso,
sentido de mi rigor,
ò de mi desdèn esquivo,
esta noche quiso altivo
robar (ay Cielos!) mi honor.
De las sombras ayudado,
sin que lo sintiese yo,
en mi quarto (ay triste!) entrò,
y luego despues osado,
sin dolerse de mi honor,
ni temer mi resistencia,
lograr quiso con violencia
lo que no pudo su amor.
Dì voces, y quiso el Cielo,
que à sus acentos veloces,
lastimado de mis voces,
presto acudiese Leonelo.
Valiente sacò el azero,
de su honor haciendo alarde,
huyò el traydor, y cobarde:
y este es el mal que refiero.
Astolf. Animò un poco mi aliento, *ap.*
que aunque lo confiesa todo,
es con tan distinto modo,
que ya no siento el tormento.
Flor. Muy bien la flaqueza doras.
Iren. Yo, señora? pena fiera!
Flor. Si yo, Irene, no supiera
como tu à Leonelo adoras,
y que èl por tì se desvela
abrasado de tu amor,
yo le diera en tanto error
credito, sì, à tu cautela.
Astolf. Gran señora (fuerte abismo!)
pues quien ha dicho à tu Alteza,
que de Irene la belleza
puede moverme? *Flor.* Tu mismo.
Astolf. Yo, señora? *Flor.* Tu, Leonelo.
Ast. Pues quando? *Flor.* Esta noche fue.
Astolf. Pues yo esta noche te hablè?
Fl. No ha mucho. *Ast.* Valgame el Cielo!
Pues donde fue? *Flor.* En el jardin.
Astolf. Ay desdichas mas estrañas!
Mira, advierte que te engañas,
porque yo no he sido, en fin,
quien en el jardin te hablò.
Flor. Bueno serà, que avisado,
de la musica llamado,
fuiste el mesmo que llegò
à mi rexa; y luego:- *Astolf.* Ay triste!
Flor. Tras varias adulaciones,
con atrevidas razones,
claramente me dixiste,
que à Irene adoras rendido,

ido-

idolatrandola amante;
y aora porque eſtà delante
quieres negarlo atrevido.
Aſtolf. Si otro en mi nombre embozado
tanta ventura logrò,
èl ſerà el dichoso, y yo
ſerè ſolo el desdichado.
Flor. Luego lo negais los dos?
Aſtolf. No te diò aviso un criado,
que por tenerme ocupado
tu hermano eſta noche (ay Dios!)
mi obediencia no podia,
à pesar de mi dolor,
lograr el ſumo favor,
que tu gracia me ofrecia?
Flor. A mi nadie me ha avisado;
y ſi disculparte intentas
con cautelas, mas aumentas
tu culpa; porque ya dado
que no fueses::- *Aſt.* Eſtoy muerto
Flor. Quien dixo que à Irene amas,
sè yo que ardes en sus llamas
por muy fixo, y por muy cierto.
Irene. Señora (desdicha ayrada!)
eso es agraviar mi honor.
Flor. Ya, Irene, sè bien tu amor,
no te pongas colorada.
Irene. Señora, quien tal levanta::-
Flor. A mi no me espanta el vèr,
que amor tenga una muger.
Irene. A mi, ſeñora, me espanta.
Flor. Pues digalo tu cancion
à pesar del dolor mio,
pues te quitò el alvedrìo
quien te tiene el corazon.
Aſtolf. Què es lo que oygo, Hado cruel!
Irene. Què escucho, injuſto tormento!
Flor. Bien ſe viò, pues al momento,
que allà en la lid llegò èl,
ſin mas reſiſtir, poſtrada
le dixiſte (en zelos ardo!)
ſolo à ti, joven gallardo,
entrego humilde la espada.
Confirme, Irene, eſto todo
hablarle eſta noche, en fin,
por la reja del Jardin,
y el decir con fino modo,
quando à ſu amor te prefieres,
con amante desvarìo:
Tuya ſoy, Leonelo mio,
haz de mi lo que quiſieres.
Aſtolf. Todo lo ha escuchado, Cielos!
Irene. Todo lo oyò, ay desdichada!
Flor. Luego, en fin, enamorada,
ſin reparar en rezelos,
resuelta baxaſte à abrir,
y ſubiendole à tu quarto::-
Pero ya, ya he dicho harto,
porque podais advertir,
que he ſabido, que no ignoro
el fuego de amor que os quema;
y asi aquesa eſtratagema,
que intentais contra el decoro,
de ese desnudar de azero,
de ese pyrata homicida,
de esa ocupacion mentida,
de ese aviso de Escudero,
para mi ha ſido escusado.
Y ſupueſto que ya veo
lo que procurò el deseo,
deciros ſerà acertado,
(mal mis pasiones reſiſto)
quando mi modeſtia veis,
que ya, Leonelo, ſabeis,
que he ſabido lo que he viſto. *vaſe.*
Astolf. Oye; ſeñora, (ay de mì!)
què es eſto que escucho, Amor?
Irene. Què es eſto, infelìz honor,
que eſtà pasando por ti?
Astolf. Ay hombre mas desdichado!
Irene. Ay mas tyrano rigor!
Astolf. Ay mas infelice amor!
Irene. Ay honor mas desgraciado!
Astolf. Irene. *Irene.* Aſtolfo.
Astolf. Què dices
de ſemejante desdicha?
Irene. Por ti padecer, es dicha.
Astolf. Somos los dos infelices.
Irene. No ay en mì infelicidad.
Ast. Pues por què? *Iren.* Preſto concluyo,
porque es eſte guſto tuyo,
y es asi tu voluntad.
Astolf. Pudo en desdicha mayor
ponernos el Hado ayrado!
Irene. No tiene la culpa el Hado.
Ast. Pues quien la tiene? *Iren.* Tu amor.

Astolf.

Astolf. No puede mas mi desvelo.
Irene. Quexate de tu locura.
Astolf. Libre, Irene, tu hermosura
de tales iras el Cielo.
Irene. Mi honor ha puesto en balanzas
de ese frenesì el rigor.
Astolf. Por acudir à tu honor
perdiò Amor las esperanzas
de conseguir el blason
de su deseo. *Irene.* Yo infiero,
que es razon mirar primero
por tu honor. *Astolf.* Asi es razon.
Desde oy, Irene mia,
aunque mi amor parta raya,
serè de dia atalaya,
y de noche serè espìa.
Iren. Aunque no estès tan despierto,
yo estoy segura conmigo.
Astolf. Es muy fuerte el enemigo,
y estamos en campo abièrto,
sin muro que nos defienda.
Iren. No ay mas muro que el querer
defenderse una muger;
que como ella lo pretenda,
es por demàs la invasion.
Astolf. Es fragil la resistencia
à la tyrana violencia
de tan estrecho cordon.
Iren. Yo procurarè estorvar
tan profunda demasìa:
mas por tu vida, otro dia
solicìtes evitar
otra ocasion semejante,
no se encienda alguna llama;
basta que sea tu dama,
y que tu seas mi amante. *vase.*
Astolf. Dices bien, que es enemigo,
que à todo trance venciò:
Amor, à quien le pasò
lo que oy me pasa contigo?
Yo por ventura he soñado
desdicha tan fiera, y rara?
Yo ayer Duque de Ferrara,
y oy apenas un criado?
Yo ayer de todos servido,
de mis tierras estimado,
y oy en tan misero estado
todo este fausto perdido?
Ayer yo con pompa ufana,
con triunfos, y con despojos,
siendo la luz de mis ojos
el espejo de mi hermana;
y oy sin grandeza, ni fama,
su honor corriendo fortuna
por otra parte, y por una
reputada por mi dama?
Yo traydor, y temerario
contra mi Estado, yo mismo
averlo puesto (què abismo!)
à los pies de mi contrario?
Yo estarle sirviendo oy
solo de humilde vasallo?
en què extremo (ay Dios!) me hallo?
yo soy Astolfo, ò quien soy?
Pero quien à esto me obliga?
Amor: ò fuerza cruel!
Y ay ya mas que hacer por èl?
Eso solo que lo diga
el tiempo: fiero rigor!
Ya en Amor no cabe mas?
Sì cabe; pero tu haràs,
que mas no quepa en Amor.

JORNADA TERCERA.

Dentro Musica, y sale Enrico escuchandola.

Music. Violentar el alvedrìo
de la voluntad de Amor,
ò no es temer su rigor,
ò es mas que Amor desvarìo.
Enric. Sin duda, que disfrazado
Amor en musico activo,
injuriado, y vengativo
esta letra me ha cantado.
Sentido està, porque osado
el desvelo, ò dolor mio,
pretendiò con desvarìo,
con violencia, ò con rigor,
no menos que al mismo Amor
violentar el alvedrìo.
Pero si se halla agraviado
de mi atrevimiento altivo,
à no ser èl tan esquivo,
no fuera yo tan osado.
Pero què pecho abrasado

de ſu fuego, y de ſu ardor,
y herido de ſu rigor
no intentarà mitigar
ſus incendios, à pesar
de la voluntad de Amor?
No niego que fui tyrano
en hacer tal desatino;
pero ſi Amor es divino,
vea que yo ſoy humano.
Perdone, pues, lo profano,
ya que confieso mi error,
porque el atreverse à Amor,
y profanar ſu respeto,
ò es de algun delirio efecto,
ò es de temer ſu rigor.
Cruel con juſta razon
querrà despicar ſu agravio,
pues le perdì poco ſabio
la debida adoracion.
Altiva fue mi ambicion;
porque osar con loco brio
violentar el alvedrìo
de Amor, quando no es su guſto,
ò es infamarse de injuſto,
ò es mas que Amor, desvarìo.

Repiten los Musicos, y vanse.

Enr. Dexad el ſonoro acento,
ſuspended el dulce canto,
que mas que aliviar mi llanto,
es aumentar mi tormento.
Què no aya sido posible,
ni de mis ansias al fuego,
ni ya de Leonelo al ruego
ablandar eſte imposible!
Mas ſi no miente el desvelo,
àzia aqui pienso que viene
paso à paso con Irene,
hablandola (ay Dios!) Leonelo.
Aqui retirarme intento,
pues Amor à vèr me obliga,
como eſta dulce enemiga
ſe duele de mi tormento.

Retirase, y salen Aſtolfo, Irene, y Uròn, como que hablan, y salga Florida al paño.

Flor. Siguiendo à mis enemigos
ſecreta, y zelosa vengo,
ojos, y oìdos prevengo
para que ſean teſtigos:
que aunque Irene me ha contado
de aquel encuentro el suceso,
todavia me confieso
con ſospecha, y con cuidado,
y no eſtoy ſegura, no.

Aſtolf. Que en fin, à Florida diſte
parte del suceso triſte?

Irene. Todo conforme pasò,
ſin que cosa reservàra,
la referì, porque viera,
que ſu hermano Enrico era
mobil de pena tan rara,
y que tu no eras mi amante.

Aſtolf. Creyòlo Florida asi?

Irene. Pienso, Leonelo, que sì.

Uròn. Hablar mudos, y adelante,
porque aunque aqui no ay paredes
que os escuchen, pero ay ramos.

Flor. Amor, haſta aqui bien vamos.

Irene. Pues con cuidado eſtàr puedes,
por ſi alguien viniere, Uròn.

Enr. Por mas que el oìdo aplico,
ſolo Florida, y Enrico
es lo que oyò mi atencion.

Aſtolf. Y en fin, que dar no pudiſte
à Florida aquel recado,
como eſta noche ocupado
me tuvo Enrico? *Uròn.* Ya oìſte
lo que tengo referido;
pues te he dicho, como osado
otro galàn disfrazado,
y con tu nombre fingido,
hablò con Florida bella,
y despues de mil ternuras,
y enamoradas locuras,
por ponerte mal con ella,
trazò todo aquel enredo.

Aſtolf. Picaro, pues no llegaſte,
y à eſtocadas le mataſte?

Uròn. Muy baſtante hizo mi miedo
en tan grave tentacion.

Aſtolf. Pues què hiciſte? dime al punto.

Uròn. Viendome caſi difunto,
pude huir de la ocaſion.

Flor. Eſto ya parece cierto. *ap.*

Aſtolf. No le conociſte? *Uròn.* No,
ſolo sì me pareciò

ser el Duque Filiberto,
porque todo su conato
se encaprichò con el duelo
de poner mal à Leonelo.

Flor. Ya darle credito trato
à este engaño. *Astolf.* Quien ignora
que Filiberto serìa,
y esa infamia fingirìa,
sabiendo que el alma adora
tan fina à Florida bella?

Irene. Fuese Filiberto, ò no,
solo puedo decir yo,
que me he interpuesto con ella,
porque estime tu fé pura,
porque tu mi amante no eres,
diciendola, que te mueres
por su divina hermosura.

Astolf. Tù mi intercesora, Irene?

Irene. Quando tu lo eres de mi,
que yo lo sea de ti,
por què admirado te tiene?
No has visto el Galàn primero
allà en la farsa fingida,
ser de su Dama querida,
à su pesar, el tercero,
de algun poder obligado?

Astolf. Tal vez acontece asi.

Irene. Pues oy sin ser farsa aqui,
tu de otro poder forzado,
solicìtas mi favor,
siendo mi Galàn primero,
y vienes à ser tercero,
ò por gusto, ò por rigor.
Pues yo tambien en efecto,
con ser tu primera Dama,
obligada de la llama,
ò de tu amor, ò mi afecto,
tan noble soy de manera,
que aunque sè tu amor injusto,
solo por verte con gusto
quiero servir de tercera.

Enric. Acercarme mas pretendo,
por vèr si los puedo oìr;
pues aunque intento advertir,
poco, ò nada es lo que entiendo.

Flor. Ay mas grave confusion!
Yo no acabo de entender
esto bien què pueda ser;
pues no sè si con pasion
Irene se quexa fiera:
El confiesa que me ama,
ella dice que es su dama,
y no siente que me quiera;
que à sentirlo, quien ignora,
que zelosa se mostràra,
quando èl pasa cara à cara
à decirla que me adora.
Violentado de un rigor
ella dice es su tercero;
con que de esto bien infiero,
que èl debe tenerla amor.
Pero no, que à amarle èl,
èl engaño no sintiera,
ni à su cara nombre diera
de una infamia tan cruel.
Pero sì, que à no adorarla,
no sintiera el rigor fiero
de ser Enrico tercero:
En què confusa batalla
me miro! pues quando aqui,
si salgo de un error ciego,
en otro abismo me anego::
pero dexemoslo asi.

Astolf. En fin, Florida creyò,
que yo su hermosura adoro?

Irene. Que lo creyò, no lo ignoro;
puesto que me agradeciò
averla desengañado,
de que yo à ti no te amaba,
ni que tampoco me daba
tu persona algun cuidado.

Acercase Enrico.

Enric. Ya desde aqui me previene
oìr mejor al ansia mia.

Flor. Si serà por ironìa
lo que està diciendo Irene?

Uròn. Avrà cuentos mas estraños,
que los que pasan, señores,
entre los vivos amores
de aquestos muertos hermanos!

Irene. Ya, Leonelo, segun veo,
tu pecho de pena sale.

Astolf. Mucho un buen tercero vale.

Irene. Tuyo serà este trofeo.

Enric. Yo no entiendo este sentido.

Irene. Oy à servirte me entrego.

Astolf.

Astolf. Pues dame los brazos luego,
que amante, y agradecido,
con dicha tan alta ufano.
Iren. A todo tu amor me obliga.
Al tiempo de abrazarse, salen Enrico, y Florida, y turbanse.
Flor. Què es lo que haces, enemiga?
Enr. Què es lo que intentas, villano?
Astolf. Llegò de mi vida el plazo.
Iren. Cayò en tierra mi altivèz.
Vròn. Por Christo, que aquesta vez
los cogieron en el lazo.
Enr. Pues què atrevimiento fiero
à tal accion os obliga?
Iren. A Leonelo, que os lo diga,
que yo, ni puedo, ni quiero. *vase.*
Astolf. Quien se viò en tan fuerte lucha?
avrà desdicha mayor!
Vròn. Mayor serà, y aun peor,
si es que acaso ha avido escucha.
Enr. Por què à el labio la voz quitas,
traydor, en delito tal?
es esto lo que leal
en mi favor solicìtas?
Astolf. Turbado estoy, vive Dios,
y la voz aliento en vano.
Enr. Por què callas, di, villano?
Astolf. No estamos solos los dos?
Flor. Yo te embarazo, enemigo?
bien se vè que ella es tu dama.
Enr. Si ya la furiosa llama,
si ya el ardiente castigo,
que me ha dado esa tyrana,
lo conoce, y no lo ignora
Florida, què importa aora,
que estè presente mi hermana?
Astolf. Pues estad, señor, atento,
y sabrà vuestra pasion
lo que ha sido en conclusion.
Vròn. Por Dios que està bueno el cuento.
Astolf. Baxando, pues, esta tarde
al jardin, pudo mi estrella
vèr à Irene, hablar con ella,
y haciendo rendido alarde
de tu amor, su ardiente fuego
le expliquè, y que su belleza
es causa de tu tristeza,
y de tu desasosiego.
Despues con modesto vèr,
piadosa dixo: Ya veo
serà tuyo este trofeo;
como dandome à entender,
que por mi ruego admitìa
tu galanteo amoroso,
ò porque lo vergonzoso
mas lugar no le darìa,
ò porque le agradeciese
tan altos favores yo,
por finezas los vendiò;
pero sea lo que fuese.
Solo sè, señor, que dixo,
herida de amante fuego,
oy à servirte me entrego:
y yo con el regocijo
de aver logrado tal gloria
mi desvelo repetido,
viendo ya el fuerte rendido,
y por tì tan gran victoria,
sin aguardar à mas plazos,
ciego del gusto, y vencido,
dixe: Irene, agradecido
à darte llego los brazos;
pero si anduve atrevido
en llegar à tal sagrado,
disculpe por mì lo osado,
el ser por tì agradecido.
Enr. En todo has dicho verdad,
que esto escuchò mi desvelo:
alza del suelo, Leonelo,
que es cierta tu lealtad.
Y ya que mis desvarìos
estorvaron tales lazos,
lo que te quitè en sus brazos,
cobra, Leonelo, en los mios.
Astolf. Bien merece mi humildad
tan levantado favor.
Vròn. Ello à costa de tu honor
se cura la enfermedad.
Flor. Bien doraste la traycion,
enemigo; pero aqui,
por estarme bien à mi,
sufra, y calle mi pasion.
Astolf. A quien en tanta desdicha
Amor obligò jamàs?
Vròn. Pues no te oyò lo demàs,
ha sido sobre la dicha.

Enr. Què depuso esa homicida
ya su desdèn, y dureza?
Astolf. Humanòse su belleza
al verse de ti querida.
Enr. Vida has dado à mi esperanza.
Astolf. Solo à darte gusto aspiro.
Enr. Por ti, Leonelo, respiro.
Astolf. Mucho una porfia alcanza.
Enr. Buelve por mi vida, amigo,
repitela mi deseo.
Astolf. Solo en eso està mi empleo:
Amor, tyrano enemigo,
por què es tanto tu rigor
contra un corazon rendido?
Ya yo me doy por vencido,
pues mas no cabe en Amor. *vase.*
Enr. Vete, Uròn. *Uròn.* No dificulta
Uròn el ser obediente:
bueno està el cabe presente,
mas cuenta con la resulta. *vase.*
Enr. No me dàs, Florida mia,
parabien de tanto bien?
Flor. Yo me doy el parabien,
pues es mia tu alegria:
mas aora decirte quiero::-
Enr. Què es lo que decir me quieres?
Flor. Que para tales mugeres
es escusado el tercero;
porque quando al fin se llega
una dama semejante
à admitir algun amante,
y su amor resuelta entrega,
no gusta (y es caso justo)
de que sepa su aficion
mas que solo el corazon
de aquel à quien diò su gusto.
Enr. Yo te estimo la advertencia.
Flor. La experiencia te dirà
si bien advertido està.
Enr. Pues, Florida, la experiencia
esta noche hacer pretendo,
si de mì te compadeces,
y con tu favor me ofreces,
que en tu reja::- *Flor.* Ya te entiendo,
la del jardin, y algo tarde
vè, que Irene estarà en ella.
Enr. Tu vida, Florida bella,
el Cielo piadoso guarde. *vase.*
Flor. Amor, ansias, y desvelos,
vamos tambien à inventar
el modo con que apurar
de una vez pueda mis zelos.
Vase, y sale Filiberto.
Filib. Varia imagen infausta de la Luna,
cuya vana deidad adora ciega
la barbara ignorancia, que no llega
à saber que eres mas que la fortuna:
Solo una vez piadoso, solo una,
que te muestres conmigo, Amor te ruega,
pues oy à tu poder el mismo entrega
la empresa mas felice, y oportuna.
Mañana es, pues, el dia en que alhagueño
dueño elige el amor de su hermosura:
ea, fortuna, depongase ya el ceño,
que si alcanzo por ti tan gran ventura,
y à Florida me dàs por dulce dueño,
seràn mis armas tu imagen, ò figura.
Mañana, (ay Dios!) mañana
es la estacion gloriosa,
en que Florida hermosa,
ya piadosa, ò tyrana,
elige (què ventura!)
el dueño que ha de ser de su hermosura.
Los Principes famosos,
los Nobles Ventureros,
que asistieron guerreros,
ya todos valerosos
à verla tan ufana
en el festin se juntaràn mañana;
Federico de Ursino,
Carlos de Vitiniano,
y el de Orbitelo ufano;
pero nada imagino
me dà mayor rezelo,
que es (ay Dios!) la sobervia de Leonelo.
Ea, tyrana Diosa,
ea, fortuna mia,
pues ya se llega el dia
de empresa tan gloriosa,
siquiera una vez, una,
no dexes de ser mia por fortuna.
Vase, y sale Irene.
Iren. Cielos, què pasa à mi honor?
este abismo en que me veo
es à gusto del deseo,
ò es à deseo de Amor?

Si el Principe por mi amor
su misma salud maltrata,
no estimarlo fuera ingrata,
y aun fuera mas que rigor.
No me ruega Astolfo aora,
que con amante ficcion
entretenga su aficion,
por lo que ya no se ignora?
Pues si me ruega mi hermano
ya casi lo que deseo,
no admitir su galantèo,
siendo señor soberano,
fuera mas que tyranìa,
y mas quando en dicha tanta,
antes que humilla, levanta
à mas sèr la altivèz mia.
Y pues quiso èl ser tercero
por su gusto, ò por su amor,
no menos que de su honor,
miraralo bien primero;
y assi, puesto que me siento
tan obligada de Enrico,
à estimar su amor me aplico,
y à dàr aliento à su aliento.
Sale Flor. Irene? *Iren.* Señora mia?
Flor. Sola en el jardin tan tarde,
quando viene haciendo alarde
la noche en sombras del dia?
Iren. Sobre esta alfombra, señora,
de esmeraldas guarnecida,
entre despierta, dormida,
contemplando estaba aora,
al vèr los tibios candores
de rosas, y luces bellas,
un Cielo al jardin de Estrellas,
y à el Cielo un jardin de Flores.
Flor. Del sueño fue fantasìa.
Iren. Ni lo dudo, ni lo creo.
Flor. Pues una cosa deseo
que hagas por el ansia mia.
Iren. Pues què pedirme podràs,
que por tì no haga mi amor?
Flor. Que esta noche sin rigor
hables à Enrico no mas
en mi reja; y pues tu anhelo
por Leonelo me ha pedido,
yo por Enrico te pido,
y te ofrezco por Leonelo.
Iren. Pidiendolo tu, es muy justo,
aunque lo riña el recato,
que deponiendo lo ingrato,
haga, señora, tu gusto.
Flor. Mucho estimo ese consuelo.
Iren. Pues otra vez te suplico,
que pues ya yo estimo à Enrico,
que tu quieras à Leonelo.
Flor. Pues dime, por quien tu eres,
à què fin fue el desvarìo,
tuya soy, Leonelo mio,
haz de mi lo que quisieres?
Iren. Ya te he dicho en tanto afan,
que à Leonelo estimo yo,
por ser quien es, pero no
para esposo, ni galan.
Flor. Pues quien es? *Iren.* Aora perdona
el callarlo. *Flor.* Quien lo quita?
Iren. Quien su muerte solicita,
y el miedo de su persona.
Flor. Vamos ya, que es hora, Irene.
Iren. Voy à daros gusto en todo. *vase.*
Flor. Y yo voy à trazar modo
con que mi industria previene
vèr como conseguir puedo
el que de una vez assi
de este enigma, ò frenesì
descifremos el enredo. *vase.*
Salen Astolfo, y Vròn.
Astolf. Què en fin viste à Irene? *Vròn.* Sì.
Astolf. Dixistela mi deseo?
Vròn. El efecto lo dirà.
Astolf. En què lo dirà el efecto?
Vròn. Como ya estarà en su reja
esperando, y un pañuelo
es la señal que me diò,
porque no tengamos yerro.
Astolf. Pues mueve quedo las plantas.
Vròn. Moviendolas voy tan quedo,
que si se menean, es
porque las menea el miedo,
no por los pasos que dàn,
sino por lo que yo tiemblo.
Astolf. Vè con cuidado mirando,
que no sin causa rezelo,
que encubierto por aqui
estè el Principe, que cuerdo
querrà vèr si algun amante

tiene Irene. *Vròn.* Asi tendrèmos
en eſte encanto de amor
algun Principe encubierto;
mas mira que ya la rexa
me parece que han abierto.

Florida en la rexa de Irene.

Flor. Ya, Cielos, he conseguido
de Irene el dichoso pueſto,
en ſu rexa con ſu nombre
hablar à Leonelo intento,
y con cautela apurar
de tanto enigma el miſterio.
Quièn duda, que à repetirla
vendrà el engaño, que cuerdo
èl fingiò, para librarse
de tan arriesgado empeño?
Mas ſi no viniere, Amor,
las lagrimas que mi pecho
por mis ojos desatàre,
ſeràn lenguas, que el tormento
expliquen, que el corazon
ſufre en tan tyranos zelos.

Pone un lienzo à los ojos.

Vròn. No vès que ya hizo la ſeña?
Aſtolf. Pues recatados lleguemos.
Flor. Dos hombres aqui ſe acercan,
quiera Amor, que ſea Leonelo.
Aſtolf. No baſtaba, Irene mia::-
Flor. Mia dixo? yo me muero.
Aſtolf. Que de tu mano divina
fuese el transparente velo
el norte que me guiase,
ſin valerse del ſeñuelo
de la olanda? *Flor.* Yo os eſtimo
la liſonja, y la agradezco,
por ſer de Florida ſobra.
Aſtolf. Pluguiese à Dios fuese eso;
pues desde la noche (ay triſte!)
que aqui nos eſtuvo oyendo,
no he viſto afable ſu roſtro,
fundando todo ſu duelo
en que eres mi dama tu.
Flor. Ese es todo mi desvelo: *ap.*
No puedes desengañarla?
Aſtolf. No, Irene, ya no ay remedio:
yo mismo he de vèr ſi alcanzo
lo que no alcanzo yo mesmo;
y asi, pues te dixo Vròn,
que aqui me esperases, quiero
decirte (ay Irene mia!)
el fin à que à hablarte vengo.
Flor. Ya deseosa lo aguardo:
Sin duda que en eſte pueſto *ap.*
eſtaban los dos citados
con la ſeñal del pañuelo.
Acaba, dì lo que quieres.
Aſtolf. Pues, Irene, à lo que vengo
es, que ya vès que mañana
elige dichoso dueño
de Florida la hermosura.
Flor. Ya lo sè. *Aſt.* Pues ſolo quiero,
que le repitas mis ansias,
los cuidados, los desvelos,
que me debe ſu belleza,
que ſola es el norte bello,
que ſiguen mis esperanzas:
que la idolatro, y venero
por idolo de mis ojos:
que no quiero que la obliguen
ſervicios, ni arrojamientos;
ſino dila ſolamente,
que por ella vivo, y muero,
que quiero vèr ſi la obligan
mis anſias, y rendimientos;
y ſi eſto todo no baſta::-
Flor. Ya baſta, no mas, Leonelo.
Aſtolf. No me quites eſte guſto.
Flor. Quizà ella te eſtà oyendo,
como eſtuvo la otra noche.
Aſtolf. No tendrè yo ese consuelo.

Hacen como que hablan, y ſale Enrico.

Enric. Cielos, ſi ſerà ya hora,
que el imàn de mis deſeos
aya ſalido à la rexa?
Mas ſi no me engaño, creo,
que ya eſtà en la rexa Irene:
temeroſo, Cielos, llego.

Irene à la otra rexa.

Iren. Cè, es Enrico? *Enr.* Quien pudiera
ſer, ſeñora, ſino el mesmo?
tu esclavo, ſeñora, ſoy.
Iren. Vienes ſolo? *Enr.* Solo vengo:
tan rendido como amante;
eſtimandote de nuevo,
la piedad de tu belleza,
con que cobro nuevo aliento.

Iren.

Irene. Mucho obliga amor tan fino.
Enric. Eslo tanto, que sin miedo
puedo asegurar, bien mio,
que llegò ya à tal extremo,
que en Amor no cabe mas,
que el amor que yo te tengo.
Flor. En fin, que à Florida adoras?
Astolf. Tan fino, tan verdadero;
pero si ya no lo dudas,
para què preguntas eso?
Flor. Es, que me està bien à mi *ap.*
una, y otra vez saberlo.
Pero què hicieras aora,
si te diera un lazo bello,
que ella me diò para ti
conmovida de mis ruegos,
por favor, porque mañana,
llevandole en el sombrero
al festin, podais los dos
por la seña conoceros,
puesto que otro semejante
ella llevarà en el pecho?
Astolf. Si los hierros de esta reja
no lo impidieran, sospecho,
que solo de la alegria
hiciera quatro mil yerros;
mas dame tu bella mano,
ya que los brazos no puedo.
Flor. Ese es tu deseo todo,
y aun es todo mi deseo:
toma, y el lazo recibe.
Dale mano, y lazo.
Astolf. Ay Dios! que no sè què siento
en su nieve, que me abraso
en lo mismo que me yelo!
Vròn. Advierte, señor, que ha entrado
gente al Jardin. *Astolf.* Pues presto
retirate, Irene hermosa,
y haz lo que dicho te tengo.
Flor. Yo harè por ti quanto pueda,
y oficios de buen tercero.
Astolf. Guarde el Cielo tu belleza.
Flor. Y tu vida aumente el mesmo:
Vamos, que aunque voy con dudas,
ya à lo menos voy sin zelos.
Vase Florida, y retiranse ellos.
Vròn. Un bulto alli se menea,
pisa, señor, con silencio.
Sale Filiberto à la parte de Enrico.
Filib. De mi venganza inducido,
y guiado de mis zelos,
sin reposo los sentidos,
otra vez al sitio buelvo,
por vèr si mis zelos pueden
encontrar aqui à Leonclo:
Pero si no es fantasìa,
ò es ilusion del deseo,
hablando à la reja està
de Florida. *Vròn.* Señor, tiento,
que alli se quedò clavado.
Astolf. Rèmora fue, segun pienso,
de sus pasos (ay de mi!)
un hombre, que (yo estoy muerto!)
arrimado està à la reja
de Florida. *Vròn.* Y si el cecèo
no miente, con ella misma,
señor, que està hablando creo.
Iren. Mucho obligarme has sabido.
Enric. No busco mayor trofeo,
que llegar à merecer
llamaros mi dulce dueño.
Irene. Quando llegue esa eleccion,
bien podeis estàr muy cierto,
que sereis el preferido.
Filib. Què escucho, divinos Cielos!
Astolf. Què es lo que oygo, duras penas!
Enric. Un favor pedirte quiero.
Irene. Pues què quereis?
Enric. Què merezca,
que para el festin dispuesto
lleve una fineza tuya.
Irene. Gustosa dartela espero:
toma este lazo, y por otro,
que yo tengo à su modelo,
conoceràs mis favores.
Dale una flor.
Filib. Vive Dios! còmo consiento
que esto pase? el alma toda
respira vivos incendios.
Astolf. Que esto à mi vista consienta,
quando asi muero de zelos!
Enric. O como en el alma estimo
favor tan dulce, y supremo!
Astolf. Yo lo bolverè en asombros.
Filib. Y yo en espantos sangrientos.
Acometen los dos.

Enric.

Enric. No, que me defiendo yo.
Iren. Ay Dios, què infauſto ſuceso! *vase.*
Filib. Suelta, enemigo tyrano,
el lazo. *Aſtolf.* Soy yo primero.
Enric. Los Principes ſon ſin duda,
que zelosos discurriendo
ſer yo de Florida amante,
valientes me acometieron;
pero asi he de remediarlo.
Entra por una puerta, y sale por otra.
Ola, Criados, Arneſto,
Octavia, Florida, Celia,
ſacad luces aqui preſto.
Salen con luces Irene, y Florida.
Irene. Principe, pues què nos mandas?
Flor. Enrico, aqui eſtàn, què es eſto?
Aſtolf. Confuso eſtoy! *Filib.* Yo turbado.
Enric. Decid, pues, què atrevimiento
en mi jardin à eſtas horas?
Vos, Duque asi? vos, Leonelo?
Filib. Cierta saliò mi ſoſpecha.
Aſtolf. No fue vano mi rezelo.
Enric. Decid; pero no digais,
pues ya conocido tengo
la causa; pero ſabed,
que me hallo yo de por medio
haſta mañana, en que acabe
de componerse eſte duelo,
con la dichosa eleccion
de Florida: recogeos. *vase.*
Filib. Mi obediencia es la respueſta. *vas.*
Iren. Bien se remediò el empeño. *vase.*
Flor. Oìd vos. *Aſtolf.* Què me quereis?
dexadme, ingrato portento,
que vaya à ſentir mis penas,
y à ſentir vueſtros desprecios.
Flor. Pues de què es la ingratitud?
Aſtolf. Del favor que me aveis hecho,
pues à mi me lo embiais,
pero solo Filiberto
por ſu mano lo recibe.
Flor. Pues de quien?
Aſtolf. De vueſtro afecto.
Flo. Pues quien se lo diò? *Aſt.* Vos misma.
Flor. Aora à entender ya llego *ap.*
ſobre què eſte duelo ha sido,
porque ſin duda tuvieron
à Irene por mi, y zelosos
uno por otro quisieron
tomar venganza en Enrico.
Aſtolf. No me respondeis? no es cierto?
Flor. Vos, Leonelo, lo decìs;
mas ſolo que entendais quiero,
que el favor que recibìs
es tan ſolo el verdadero. *vase.*
Aſtolf. Que el favor que recibìs
es tan solo el verdadero!
còmo puede ser? (ay triſte!)
Vròn. El diablo que entienda eſto.
Aſtolf. Ay Uròn! que mi esperanza
camina en un mar deshecho
de peligros, de zozobras,
combatida à un mismo tiempo
de tantos vientos contrarios,
que quando aspirar entiendo
al puerto de la bonanza,
es quando anegar me veo.
Vròn. Calla, ſeñor, y recibe
el favor, y dexa al tiempo,
que descubra lo demàs.
Pero ya los inſtrumentos
dàn indicios del feſtin.
Astolf. Vamos, pues, à disponernos.
Vanse, y sale Filiberto.
Filib. Mucho madruga un cuidado,
poco descansa un pesar,
pues ſin poder sosegar
de uno, y otro atormentado,
toda la noche he pasado.
Pero viendo que ya el dia
con luciente vizarrìa
la noche dexa en ſu abismo,
otra vez al ſitio mismo
me conduce el ansia mia.
Mas Cielos, què es lo que veo?
es delirio, ò frenesì?
un lazo hermoso (ay de mì!)
ſi no me engaña el deseo,
es ſin duda: devanèo
de la idèa no es, no;
pero sì, pues veo yo,
ò presume mi desvelo,
ſer el lazo que à Leonelo
anoche Florida diò.
Ay ventura mas dichosa!
èl es, y ſin duda ha ſido

la causa averlo perdido,
quando mi saña zelosa
le acometiò rigurosa.
Fortuna, propicia estàs,
ya de ti no quiero mas;
pues aunque parece poco,
con este favor voy loco,
pues buen principio me dàs.

Vase, y suena la Musica.

Music. Oy prisioneros de Amor,
en un festin apacible,
èl mismo de su hermosura
el dichoso dueño elige.
De tela azul se ha vestido,
publicando en sus matices,
que solo el Amor con zelos
es el saber amar firme.

Vàn saliendo al compàs de la Musica por una puerta Filiberto, y tras èl Enrico, Astolfo, y Vròn; y por otra Florida, Irene, Octavia, y otra Dama, con mascarillas; y Filiberto, y Florida con lazos azules, Enrico, è Irene verdes.

Filib. De vuestro favor infiero,
que favoreceis mi amor.
Flor. Ya bien veis por el favor,
que es el vuestro el verdadero.

Cruzan los Galanes con sacudidos, y las Damas con cambiantes.

Enric. Vida mi esperanza alcanza,
pues me la dà tu belleza.
Irene. A quien me ha dado firmeza,
no es mucho le dè esperanza.

Enlazan con carrerillas seguidas.

Octav. O à vos os falta la dicha,
ò os falta quien dè un favor.
Astolf. No falta, pero el rigor
lo perdiò de mi desdicha.

Buelven à cruzarse.

Dama. Poco amiga es vuestra Dama
de alcanzar una fineza.
Vròn. Mi Dama es muy buena pieza,
sin sobrar, ni faltar nada.

Buelven à enlazarse.

Filib. De los lazos la color
es causa de mis desvelos.
Flor. Si es nuestro amor todo zelos,
con-
serà firme nuestro amor.
Enric. Detened, cese el festin;
y pues decretado està,
ya con su eleccion darà
à la competencia fin.

Descubrense todos.

Filib. Ya todos se han descubierto.
Astolf. Cielos, què miran mis ojos!
Flor. Ay Dios, què tristes enojos!
con el favor Filiberto,
que anoche à Leonelo di.
Astolf. Dime, infame, què es aquesto?
Vròn. Vino de mi vida el resto:
temblando estoy (ay de mi!)
Enric. Los Principes que han servido
con valor, y gentileza,
esperan de tu belleza
vèr el dichoso elegido.
Filib. El amor con que os procura
mi fé, deciros no quiero,
pues este lazo primero
que mi voz, os lo asegura.
Flor. Turbado miro à Leonelo. *ap.*
Astolf. Suspensa està toda el alma. *ap.*
Enric. Acaba, di. *Flor.* En tanta calma,
no sè què me haga, Cielos!
quando del Edicto està
la sentencia por cumplir,
de no querer elegir
nadie arguirme podrà:
y el empeño aqui se empieza,
pues aunque Ferrara es mia,
no està à mis pies todavia
de su Duque la cabeza.

Hace que se và.

Astolf. Oye, señora, y advierte::-
Flor. Què quereis? *Astolf.* Que una razon
me escuches con atencion.
Flor. Gustosa escucho. *Astolf.* De suerte,
que tu palabra asegura,
que solo el que rinda ya
al Duque à tus pies, serà
el dueño de tu hermosura?
Enric. Asi el Edicto lo advierte.
Flor. Y yo lo afirmo tambien.
Astolf. Pues ya es mio tanto bien.
Flor. De què modo? *Ast.* De esta suerte.
Irene. Ay Dios! à què fiera lucha

se arroja ya su pasion!

Vròn. Pues và à decir relacion,
digase, que es justo, escucha.

Astolf. Florida de Parma Augusta,
generoso invicto Enrico,
cuya vida aliento logre
por tan dilatados siglos,
que à numerarlos no alcance
toda la edad del guarismo:
Yo soy Astolfo de Estè,
Duque, y Señor del Dominio
de Ferrara: què os admira
de verme? yo soy el mismo
que busca vuestra venganza,
tan sin causa, ni motivo,
que à sufrirlo la ocasion,
yo lo explicàra sucinto;
pero pues ya no ay remedio,
dexemos este litigio.
Y voy solo à que robado
de un retrato peregrino,
que expresaba la hermosura
de Florida, aviendo oìdo,
que en Parma se publicaba,
y prometia en Edicto,
que el que rindiera à Ferrara,
y me venciera à mì mismo,
triunfando (ay Dios!) de mi vida,
seria esposo aplaudido
de Florida soberana.
De mis ansias conmovido,
y de la sombra incitado
de sus dos rayos divinos,
viendo que para ganar
gloria tanta, era preciso
que me perdiese yo propio,
à tan gran empresa aspiro,
pues rompiendo inconvenientes,
y atropellando peligros,
venciendo dificultades,
dexado todo al arbitrio
del amor, y la hermosura,
sagàz, astuto, y altivo
os servì de Aventurero
en el combate reñido
de Lidonia, donde fueron
mis hazañas, mis prodigios
tan hijos de mi valor,
de mi acero, y de mi brio,
que:: - pero no lo ignorais,
y assi à la fama remito,
que lo publique por mì,
porque escuse el referirlo.
Traydor, pues, contra mì propio,
y de mi Patria enemigo,
con cargo de General,
con que me honrò agradecido
vuestro pecho generoso,
premiando assi mis servicios,
conquistè mi mismo Estado,
Plazas, Fuertes, y Castillos
hasta llegar à Ferrara,
donde mañoso, y altivo,
recatando mi persona,
despues de averla vencido,
hice à gusto de mis ansias,
que por su dueño divino
se juràra, à un solo amago,
por su Duquesa (ay Dios mio!)
à Florida hermosa: mira
si alguno por Amor hizo
jamàs fineza mas rara;
pero fineza no ha sido
aquesta, en comparacion
de la que hacer determino.
Nada, pues, ha sido, nada,
executar el servicio
de aver yo mi propio Estado
à vuestro poder rendido.
Nada perder mi grandeza,
Patria, sèr, deudos, y amigos,
batallar contra mì propio,
conquistar mi Señorìo,
sujetar mi vanidad,
enagenar mi alvedrio,
y à gusto de mis pasiones,
como criado serviros:
daros à los dos la vida
quando sois mis enemigos,
ò quando pude à mi gusto,
en riesgo tan conocido,
con vuestra muerte, ò prision,
asegurar mi partido.
Nada, pues, ha sido aquesto;
mas despues de estos servicios,
aprisionar à mi hermana,

con-

consentir (aqui me irrito!)
atrevidos galanteos,
sufrir deseos lascivos,
atrevimientos profanos,
callar torpes apetitos,
ser yo mismo el medianero,
exponerla à mil peligros,
saber mi injuria, y afrenta:
mucho es esto, si bien miro,
mas no, que si bien lo advierto,
esto todo nada ha sido;
y solo llega à ser mucho
entregarme yo à mi mismo,
solicitar mi ruìna,
procurar mi precipicio,
sepultar mi nombre, y fama,
arrojarme yo al suplicio,
pretender mi perdicion,
y desear mi castigo,
que esto todo se resuelve
en dàr mi cuello à un cuchillo,
por conseguir de este modo
lo que Parma ha prometido.
Y assi, puesto, gran señora,
segun lo que teneis dicho,
que de tu gran hermosura,
galan, esposo, y marido
solo serà el Cavallero,
que ponga à tus pies invictos
la vida del Duque Astolfo: *A sus pies.*
ya à ellos està rendido,
ya es alfombra de tus plantas,
ya pisa su cuello altivo
la hermosura de tus pies;
yo le abato, yo le humillo,
yo le prendo, yo le entrego,
yo le postro, yo le rindo.
Toma, pues, el duro acero,
Dale la espada.
esgrime su agudo filo
contra mi misma garganta,
ò contra mi pecho fino
vibra su punta acerada;
pero si te falta el brio
para executarlo, yo
con animo nunca visto,
serè de mi propria vida
verdugo, parca, y cuchillo.
Logre assi tan alta gloria,
cumplase, pues, lo ofrecido,
dame de esposa la mano,
que yo con la otra atrevido
harè que logre mi aliento
el ultimo parasismo.
Serà gustosa mi muerte,
pues que por ella consigo
(aunque tan breve) la gloria
de ser tu esposo, y marido;
porque con accion tan rara
quede, señora, advertido,
que à mas no puede obligar
de Amor el poder altivo,
porque quien llega por èl
à darse muerte à sì mismo,
no cabe mas en Amor,
ni es posible haya cabido.
Enr. Caso espantoso! *Filib.* Admirable!
Octav. Y aun cieo, que nunca visto.
Irene. Notable arrojo por cierto!
Uròn. Es mi amo un Leandro fino.
Flor. Levanta, Astolfo, del suelo,
levanta, Joven invicto,
que no es digno de la muerte
quien es de mi mano digno;
y aunque mi hermano se enoje,
oy el darte determino
el premio, que tu valor
por mi amor ha conseguido.
La mano, pues, con el alma
(perdoname hermano Enrico)
à Astolfo le doy, porque
ya por esposo le elijo.
Enric. Gran gusto recibo en esso.
Filib. Y yo tyrano castigo.
Astolf. Otra vez, Florida bella,
à tus pies el labio aplico;
pues si oy la vida me dàs,
serà para que rendido
buelva otra vez con el alma
à ofrecerla en sacrificio.
Flor. Astolfo, mi mano es esta.
Astolf. Como tu esclavo la admito,
ò te dueles de mis ansias,
ò pagas amor tan fino.
Filib. La razon vence el enojo.
Flor. Todo tu lo has merecido.

Enr.

Enr. Supueſto, Aſtolfo, que ya
de medianero has ſervido
à el amor de Irene bella,
oy otra vez te ſuplico,
que lo ſeas verdadero,
ya que lo fuiſte fingido,
para que ſiendo mi eſpoſa,
ſea nueſtro amor mas limpio.
Aſtolf. Todos ſon favores tuyos.
Iren. Y yo la dicha conſigo.
Enr. Como à dueño de mi alma,
bella Irene, te recibo.
Iren. Ya en albricias puedo darla,
ſin que rezele el regiſtro
de Leonelo. *Enr.* Filiberto?
Filib. Què mandas, Principe invicto?
Enr. Que pues Florida no puede
ſer ya vueſtra, ſi os obligo
con daros à Octavia bella:-
Filib. Guſtoſo ſoy, yo la admito
por mi dueño. *Octav.* Yo ſoy vueſtra,
no es tan malo, ſi conſigo,
ſi no un Principe de Parma,
un Duque de Mantua rico.
Aſtolf. Pues ya que todo ſe ajuſta
con tal guſto, dueño mio,
para ſalir de eſta duda,
que me digas os ſuplico,
con quien anoche en tu rexa
hablabas con tal cariño?
Flor. Eſſo à Irene que lo diga,
pues ella fue con Enrico
los que hablaban en mi rexa,
y yo la que hablè contigo
en la tuya por Irene;
porque con eſte capricho
apurar quiſe zelos,
para que quede entendido,
que no ay firme amor ſin ellos.
Aſtolf. Baſta, no mas, dueño mio.
Vròn. Quando todo queda en paz,
no reſta, ſeñores mios,
ſino es irſe poco à poco;
y ſi ſe conſigue un vitor,
ſerà para que otra vez,
con deſeo de ſerviros,
buelva à embarcarſe el Poeta
en aqueſte laberinto,
dexando en eſta primera
los amantes prevenidos,
que mas no cabe en Amor,
y à los zeloſos alivio,
ni ay Amor firme ſin zelos,
que es todo un aſunto miſmo.

FIN.

Hallaràſe eſta Comedia, y otras de diferentes Titulos en Madrid en la Imprenta de Antonio Sanz, en la Plazuela de la calle de la Paz. Año de 1751.